

Lilo Vilaplana

un cubano cuenta

Cuentos

ISBN: 978-958-44-1336-9

Primera edición: 2007

© LILO VILAPLANA

Ilustraciones: Aristide

Diseño de portada: Juan Pablo Molina

Corrección de estilo: Rebeca Ulloa

Foto fija: Jorge “El Flaco” Cubillos
Juan Camilo Peña

Diagramación e impresión:
ARFO Editores e Impresores Ltda.
Carrera 15 N° 54-32
Tels.: 2494753 - 2177010
casaeditorial@etb.net.co
Bogotá, D.C.

Dedicatoria

A mi hijo Camilo, mi cómplice.

A mi esposa Irasema, por tanto amor.

A mis padres, hermanos y sobrinos por la nostalgia.

A mi hija Camila por la ausencia.

A mis maestros Miguel Mejides y Eduardo Macías.

A Rebeca Ulloa, que con su paciencia, fue más que una correctora de estilo y al pintor cubano.

A Arístides Pumariega que dibujó mis historias.

A mis amigos: Lele Planells, hermano del alma, Roberto Escobar por darme el título para este libro, a Rolando Tarajano por entusiasmarse a escribirme el prólogo, a Héctor Forero por el epílogo.

A Franky Linero, almirante de la amistad, guardián de las aguas de Santa Marta.

A los cubanos que tienen la hombradía de estar en las cárceles cubanas por el solo hecho de pensar en la libertad de su patria.

A Dios y a mis santos.

Prólogo

Los 90's en Cuba: Bienvenidos al agua

Escena 1: Toma de ubicación

Tú, extranjero, gente simple, tú que viniste de Cuba, responde tú...

Los años 90 se atravesaron en la garganta, la noticia cubana despertaba de un corto letargo otra vez, y como una mosca exótica se instalaba bajo un cristal de aumento. Los cubanos, de nuevo, eran los titulares del mundo entero.

Los soviéts, cansados de ser soviéts, descongelaron el comunismo y lo quemaron. Cuba anunció que nada cambiaría, que los rusos no sabían hacer zapatos. Vamos a resistir solos!, bueno, no tan solos, con la ayuda *desinteresada* del dólar. Compay Segundo se va a La Habana a cantar y a beber para olvidar. Las flores salen a Quinta Avenida a vender por muy poco su belleza, (iiEl diario dominical Juventud Rebelde dice que no tienen motivos para hacerlo, que es puro deporte sexual!!) Los cubanos habían comenzado el macabro experimento de salvarse.

Y los turistas comenzaron los safaris al *parque jurásico*:

–*Vamos a Cuba, antes de que se muera el tipo, antes que se convierta en lo mismo de todo el mundo, antes que los carros viejos dejen de circular; esas chatarras que echan humo y rabia en los semáforos, que romántico!! Quiero ver cómo viven, qué comen, si son felices, etc., etc., etc., etc. ¡Vamos a fornicar! ...vamos.*

Turistas de todos los países: ¡Vamos a Cuba!

Periodo especial se llamó rápidamente a aquello, que según informes oficiales, sería un paraíso comparado al sacrificio que vendría después, ése, que también tenía nombre, bastante patético por cierto: *La opción cero*.

La gente dormía con este susto en el corazón, y con un té de hojas de naranjas en su estómago. Nada raro que en la mañana amanecieran meciéndose en el mar sobre la mesa de su cocina, y descubriendo que el océano no es azul todo el tiempo, ni es tan noble como se veía desde la playa los domingos.

La desesperación se confundió con una fiesta sórdida, risas, espumarajos de júbilo. Aún no empezaban la travesía y el entusiasmo era como la culminación de una venganza exitosa... ¡¡agonías!!

Escaparse al agua era tan natural como bailar o visitar al santero o faltar al trabajo.

Escena 2. Gritos de noche y de día

Comenzaron a visitarnos cientos de intelectuales. También, recuerdo que por aquellos días leí un libro bastante estúpido. Un periodista extranjero intentaba describirnos culturalmente, digo, más bien simplificarlos radicalmente, como es costumbre. Publicó sus *Avances Antropológicos*, afirmaba que las mujeres cubanas querían hacer el amor con la menstruación para “enganchar” al macho y que a los hombres se les frotaba el pene desde niño

para que se acostumbraran a valorarlo y a convertirlo en el centro de la vida. Nunca fuimos más conejillos y más raros entre los raros del planeta. CUBA es LA MODA otra vez, Cuba: ¡LO ÚLTIMO DE LOS MUÑEQUITOS, CUBA : ¡VA!

Mientras Varias generaciones, que habíamos nacido en la revolución, descubríamos por primera vez, y de cerca, dos cosas reales: el hambre total y la prostitución.

El autor de este libro, nuestro **Lilo Vilaplana**, más flaco que una costilla, no se perdía ninguna premier importante en La Habana. Sin comer, llegó una noche a la iglesia donde estrenábamos *Tres tazas de trigo* con Teatro en las nubes, y me dijo: ¿En que te ayudo?, le dije ve al balcón y enciende esta luz cuando te diga. **Lilo** operó las luces mientras en silencio observaba como Pae Noé devoraba a su hijo al final de la obra. El flaco Lilo, me abrazó emocionado, con esa sinceridad que no puede ocultar, y se fue en bicicleta, Nuevo Vedado abajo.

Faltaban unos cinco años para que el destino nos hiciera atravesar la bruma y nos convirtiéramos en hermanos fuera de nuestra Patria Cubana, en la hermosa Colombia. Pero éste es el recuerdo más lejano que tengo de LILO VILAPLANA y esto fue en el verano más difícil que hemos vivido: 1993. Todo cubano que estuvo o está allí, tiene los noventa dentro del pecho todavía.

Este libro ha funcionado en mí como una auténtica máquina del tiempo, me llevó a una regresión, el arte a veces parece una trampa lenta y bien meditada.

UN CUBANO CUENTA es el valor de decir la verdad, y el valor de escucharla, son historias extremas, por supuesto, no son cuentos bonitos que escuchaste en el jardín de un palacio del Vedado, en una reunión de alcohol de intelectuales. Me ha gustado leer este libro lleno de sinceridad y de poderoso hipnotismo; agradezco a **Lilo** que pase de largo entre los críticos y crípticos que se esfuerzan construyendo estúpidas listas e intentan enmarcar nuestra cultura cubana . Ésos que llenos de horror hacen las listas de lo que debe o no pasar a la inmortalidad. Claro, este libro les

quemaría los dedos, lo cerrarían de golpe, muertos de miedo. Sólo espero que Lilo los perdone sonriendo desde la sombra de una ceiba, masticándose el cabello por un lado de su rostro y con una cerveza entre las manos.

¡BIENVENIDOS A LA CASA DE VILAPLANA!, al alimento de contar sus cuentos, al ron del mundo. Lilo habla, la rapidez de sus palabras se burla de un tartamudo que quiso enmarañarlo alguna vez y todavía lo intenta. Lilo Vilaplana toma la palabra, invade nuestra humanidad y la hace más noble y tal vez más fuerte. Cuando el libro termina cae el telón, firme como una noche cerrada... después comienzan los gritos de los que se perdieron en la bruma y los que buscan todavía alguna luz en el océano.

Gracias lilo por no pedir un minuto de silencio, por pedir unos minutos de cobardía menos en la memoria. Gracias Lilo, por este, el teatro de la vida.

Escena 3. Donde se salta al vacío...

Aun cuando hay decenas de personajes, temáticas y situaciones diferentes en estos cuentos, **Vilaplana** signa todas sus historias, con una recurrencia conmovedora: La *agonía del hombre por salvarse*. Es la obsesión del amor y del deseo de los hombres y las mujeres de este libro. Esto da una coherencia extraordinaria a la obra, y produce un tremendo impacto emocional y dramático en sus personajes.

Un gato salta al vacío y ofrece su vida para lograr la paz de tres amigos en la Habana Vieja, y sucia. Aníbal, el de los ojos azules, elije el salto hacia la soledad mientras parece estar dibujando sobre sí mismo los horrores del terror y la miseria del Reich de Brecht. Lilo hace su crónica de los 90, vivida, gritada desde sí mismo hacia todo aquel que pueda alcanzar su sensibilidad. Desde el primer episodio los hombres quieren encender el fuego para comer algo, la comida es la fiesta que celebra la vida, no puedes

renunciar a sobrevivir. Al final de este libro el mismo hombre se marcha, elevándose físicamente sobre todo lo que no pudo cambiar ni comprender. Después de 10 años, descubre sorprendido –convencido de que:

“escapar no te resuelve las cosas, en cualquier forma donde quiera que vayas llevarás tu corazón y tu cabeza contigo”.

Vilaplana, talentoso director de escena, hace una extraordinaria puesta con sus cuentos, era inevitable, cuando los tecnicismos literarios lo aturden, el director emerge sin límites, entra a su propia fiesta sin permiso, y se entrega al trabajo que más ama. Un interesante juego comienza a atraparnos: escenarios descarnados, llenos de realidad, personajes que llevan la palabra contenida, como sangre caliente, ardiéndole en los labios, nunca explican su desasosiego, el vértigo no les permite el privilegio de la reflexión. La síntesis es cinematográfica: un tren, *corte*, un buque *corte...* la guerra en otra parte... *corte*, el regreso... *corte* un hombre solo al medio de su calle. *Fin*.

La narrativa ejerce la elipsis con un golpe eléctrico, un hacha invisible que acierta al corazón del lector; poco a poco se va asimilando la desesperanza, la traición, el orgasmo o la muerte como espejos de un agua clara donde danzan historias de sábanas blancas y negras. La música o la estridencia, el silencio, los ritmos suaves o atronadores fueron las huellas de un viaje que al menos a mí me llevó a la intemperie. Estos relatos puros, comenzaron en nuestros noventas y hasta hoy, historias reales de unos naufragos que no se tienen nada más que a sí mismos...saltemos con este escritor hacia su escenario más valioso, su amor incondicional, su tierra. Cuba.

Bienvenidos al teatro de **Lilo Vilaplana**, ¡Cuba va!

Rolando Tarajano

la muerte del gato



*Porque esta historia habita en mi memoria,
tan cierta como la muerte de Raúl Guerra
rodando por unas escaleras, como la
¿ingeniosa? despedida de Armando
Ventolera, y la ausencia del tiempo que
habitaba en los relojes que
desarreglaba Cristino.*

–¡Hijo e’ puta...! ¡Se me escapó otra vez...!

Dice el joven Camilo, empujando la puerta del cuarto con barbacoa donde vive con su tío Raúl en La Habana Vieja. Raúl, que está reparando el horno de la cocina que tupió el óxido, deja el alicate a un lado y sube rápido por las escaleras hacia su habitación mientras susurra:

–¡A esa vieja la jodemos hoy sea como sea!

Tres segundos más tarde aparece de nuevo Raúl con la escopeta en una mano y la caja con municiones en la otra.

–¡Con esto sí acabamos con Delfina!

Asegura Raúl y luego con tres largas zancadas llega al fregadero con platos sucios de varios días, escupe, abre la llave, no hay agua. Entre los calderos encuentra una bayetilla, que alguna vez fue roja, y comienza a quitarle el polvo a la escopeta.

Del pasillo llega el eco de unos pasos cansados. Raúl esconde la escopeta en unas cajas amontonadas en un rincón del pequeño comedor.

Camilo corre a cerrar la puerta. Si los cogen con un arma pueden buscarse un problema. Hace dos días que fusilaron al general Ochoa y a Tony de la Guardia y como se dice en Cuba, “en el barrio la cosa está en candela”.

En ese instante escuchan el silbido característico que delata a su amigo Armando. El tío y el sobrino se relajan. Armando

aparece en el umbral, con la risa de siempre y con su quijada torcida por una temprana embolia. Armando Ventolera es un hombre alto, con unas largas ojeras que amenazan por escurrirse hasta más abajo de sus cachetes.

El inventario personal de Armando Ventolera es terriblemente variado. Un hijo que se escapó en balsa y nunca más supo de él, no sabe si habita dentro de algún tiburón en el estrecho de La Florida o se pasea en un descapotable rojo por las calles de Miami. Yanara, su hija, es una jinetera que los visita una vez al mes. Fabián, el más pequeño de sus hijos, nació con síndrome de Down.

Camilo nunca ha entendido. Armando con tantos líos arriba, cuenta chistes, habla mal del gobierno, y siempre se está riendo. Ventolera saca de su bolsillo un dólar y se lo lanza a los pies de Raúl.

–Busca una botella que se nos arregló la tarde. Hoy vino por la casa Yanara y me dejó diez fulas...

Raúl recoge el billete y sonríe pues ya se imagina bebiendo con el sobrino y el amigo, escucharán por la radio “*La Tremenda Corte*” con Tres patines y Nananina, la señal les llegará por *Radio Martí*...Y se repetirá el mismo chiste:

–“*Quítale la antena al radio y pónsela al refrigerador para coger la carne de afuera*”... y se reirán, como siempre.

–*Pero como no hay carne adentro, hoy nos vamos a comer el gato de Delfina y mañana será otro día.*

–Ya termino de arreglar el horno, mientras tanto ustedes vayan a cazar al gato. –Agrega Raúl a la vez que le pasa el arma a Camilo.

Camilo carga la escopeta. Armando los mira y luego su vista se posa de manera extraña en las vigas que sostienen la rústica barbacoa del cuarto. Después va y prende la radio y empieza a ubicar en el dial la señal de *Radio Martí*.

Ahora Camilo sale al pasillo. Ve a Delfina que cruza desde la escalera de entrada, hacia su cuarto. Él observa como camina la vieja dando tumbos a un lado y a otro, como aquellos viejos muñecos de base circular. Tiene las piernas encorvadas, y da la impresión que la pusieron a caminar antes de tiempo. Delfina tiene unos 70 años, y es fidelista a morir. Vive pendiente de todo lo que pasa en la vecindad para ver a quien le trae la policía.

Ya Cristino, otro amigo del barrio, está a punto de salir de la cárcel. Está preso por culpa de esta vieja lengüilarga que fue con la información a la policía, dijo que Cristino tenía dólares ilegales y era cierto. Ya el dólar está despenalizado en la Isla, pero Cristino sigue preso, y sus dos hijos huérfanos de padre.

Delfina se pierde hacia su cuarto. Camilo mira a todos lados. Aparece el gato ante su vista, el gato se trepa en la baranda. Camilo esconde la escopeta. Espera. A esta hora de la mañana la gente trabaja. Únicamente en el solar está “Delfina lengua brava” y ellos, que no quieren trabajar para el gobierno. Es fácil acabar con el gato. Camilo ahora no puede fallar.

Adentro, Raúl termina de arreglar el horno, Armando ya tiene lista la emisora. De repente suena la musiquita de “Radio Casualidad”, como llaman a Radio Martí porque todo el mundo se justifica diciendo “anoche lo escuché por casualidad en Radio Martí”.

Camilo ha llegado hasta un cuarto destartalado, donde tienen guardado todo lo inservible que algún día, de todos modos, no van a usar. Pero en la Isla es importante guardar, y la verdad nunca voy a entender por qué se guarda tanta porquería en Cuba. Camilo está apostado ahí, tiene al gato en la mira. El gato empuinado camina como un trapecista sobre la destruida baranda del pasillo. De repente el silbido de la bala y el gato que se desploma sobre la baldosa.

Delfina se asoma. Camilo esconde la escopeta y se oculta. Raúl sale de su cuarto y ve a Delfina que avanza por el pasillo que une toda la cuartería. En ese momento el gato yace en el

suelo y es el centro del espectáculo. Raúl se alegra ahora que Delfina tenga la lengua larga, el oído corto, y que sea miope. Es la gran ventaja, pues le da tiempo a pararse junto al gato, patearlo disimuladamente hacia atrás, donde lo recibe en la puerta Armando Ventolera y lo esconde, mientras Delfina llega hasta Raúl y le pregunta...

–Raúl mijo, ¿has visto a Musi?

–No, hace días que no veo al gato –Responde rápido mientras da la espalda y se dirige de nuevo hacia su cuarto –Si lo veo te aviso, Delfina...

La primera parte de su venganza contra Delfina está cumplida. Ahora falta la segunda parte: icomerse el gato!

–Musi, Musi, Musi...

Va diciendo Delfina dando tumbos de un lado a otro mientras se aleja buscando al gato.

–Voy a mandar a Camilo por la de Ron y nosotros vamos adobando a Musi.

–Tú sabes que soy tremendo cocinero... –Le recuerda Armando a Raúl.

Entra Camilo gozoso y escondiendo la escopeta dice:

–Yo quiero descuerarlo... ya le tenía odio a ese gato comunista...

Raúl le responde con una sonrisa amable a su ocurrente ingenuidad. Luego va hasta el fregadero. El agua aún no ha llegado:

–Seguimos sin luz y sin agua, no sé hasta dónde carajo nos va a llevar este cabrón.

Coge un jarro sucio, va hasta los tanques de agua del pasillo, lo llena y lo trae. Preparan todo y en treinta minutos el gato está limpio, adobado, el horno precalentado y el gato en la parrilla.

–Vamos a buscar el ron que ya Armando se ocupa de asarlo, no te olvides que fue chef de la Bodeguita... –dice Raúl, cogen el dólar, y él y Camilo bajan por la escalera. Al fondo escuchan la angustiada voz de Delfina buscando afanada su gato.

–Musi, Musi, Musi

Cómplices Camilo y Raúl, mientras cierran la puerta de entrada a la vecindad, se ríen. Van por las calles de La Habana Vieja, tratando de buscar una botella de ron clandestino. La gente dice que la cosa está mala, que no hay. Por fin llegan al palacio del mercado negro: la casa de la familia de Cristino, el amigo preso.

A Raúl y a Camilo no les gusta ir por la casa de Cristino, porque les parte el alma ver a esos muchachos y su madre tratando de salir adelante y para sobrevivir venden hasta un hueco. Se encuentran con los hijos de Cristino que tienen también ron en la lista de su mercado negro y le compran una botella.

–Sí, un litro... ¿Y el viejo? –Les pregunta Camilo.

–Ahí... –Un ahí que significa jodido.

–iNi numismático se puede ser en Cuba! –Dice irónicamente el tío Raúl, para no hacer más pesada la situación, esconde la botella. Se desprende dolorosamente del dólar y se alejan del lugar.

–iLo logramos! Le vamos a comer el gato a esa vieja.

–La verdad que el animalito no tenía culpa, pero tampoco la familia de Cristino...

–Ahora llegamos, revisamos el horno, seguro ya está doradito.

–Hace tiempo que no como carne, me va a saber a conejo...

–Y le brindamos a Delfina, le decimos que lo compramos en El Conejito...

–¡Ni en ese restaurante ya venden conejos...!

–Entonces le decimos que me lo mandó mi mamá del campo y como la otra vez le dimos puerco asao, de aquel pernil de cerdo que nos mandó...

–Y casi nos echa a la policía por el olor... hasta que la llamamos y le brindamos...Ahí sí que no jodió más.

–Sí, sí, pero no al principio, para que no nos joda la charla, ponemos Radio Martí, nos metemos par de tragos, nos comemos el gato y le guardamos una posta...

–Lo que hay que desaparecer es la cabeza, nos buscamos un lío donde sepan que le matamos el gato a la presidenta del comité.

Por la acera contraria pasa un carro de policía.

–¡Ahí viene la fiana...!

Raúl esconde la botella, y como está a tres puertas de su casa aprieta el paso. La policía pasa despacio. Ellos evitan la mirada de los esbirros. La patrulla se detiene. Ellos no miran para atrás.

–¡Ey, compañeros...!

Escuchan como un regaño la voz del policía a sus espaldas...

–¡Vengan!

Los dos hombres se han detenido. Como Raúl es quien tiene la botella, el que rápido se gira es Camilo y va hacia ellos.

–Sí, combatiente... Dígame...

Uno de los policías bosteza con indiferencia. El otro se ríe como una hiena y mira hacia Raúl que ha quedado más retirado.

–Usted igual, acérquese.

Raúl está parado frente a ellos. Con una maniobra magistral ha pasado la botella desde el brazo hasta la espalda y la apoya contra la pared. Si se mueve un centímetro caerá el litro al suelo. Aparece Delfina por la puerta de entrada de la vecindad y corre hacia los policías mientras les dice:

–Yo fui quien los llamó, les tengo el dato.

Camilo queda estupefacto. Raúl inmóvil junto a la puerta de entrada y la botella que se le resbala por su espalda despacio, la aprieta fuertemente.

–Ya se quienes son los que tienen el contrabando de ron en el barrio. –Les dice Delfina que camina, como siempre, dando tumbos de lado a lado, hacia la patrulla.

–Si, Delfina, venga.

–¿Y los conoces a ellos? –Pregunta el que maneja la patrulla.

Delfina los mira como en cámara lenta. La botella está a punto de caer rodando entre la espalda de Raúl y la húmeda pared. Camilo le lanza una señal de súplica a Delfina y ella vuelve a mirarlos a los dos.

–Son mis mejores vecinos. Buenos muchachos... lo malo es que son amigos de la familia de Cristino, el relojero delincuente ése. ¡Ah... precisamente vamos para su casa que sus hijos son los que venden el ron!

Raúl está sudando, pegado a la botella que amenaza con destruirle la columna vertebral. Camilo tiene lágrimas de odio en los ojos, Raúl sabe que Delfina se está vengando de Cristino porque un día le dijo en medio de la calle que ella era una vieja insatisfecha, cochina, hija de puta y chivata, y ella le está cobrando las risas que vinieron de todos los balcones de la Habana Vieja.

Delfina ya está dentro de la patrulla. La patrulla arranca y Camilo corre hacia Raúl para que no se le resbale la botella. Ya todo ha pasado.

Raúl sabe que van a llevarse presos a los hijos de Cristino y nada puede hacer. Además ellos fueron los últimos que le compraron el ron prohibido. De ahora en adelante, ellos también tendrán fama de chivatos en el barrio. Si al menos tuvieran teléfono, podrían avisarles a los hijos de Cristino.

Camilo y Raúl van hacia la puerta de su vecindad. Por lo menos se comerán el gato, y ahora no una, sino que le brindarán dos postas a Delfina, les dirán que es conejo, se vengarán de ella, se tomarán la botella de ron con Armando Ventolera, escucharán Radio Martí, y hablarán, bajito, mal de Fidel. Suben uno a uno los escalones, llegan al pasillo. Raúl, apura el paso, agitado llama a Armando Ventolera.

—Armando, Armando... corre, mi hermano, van a joder a los hijos de Cristino... Armando...

De un manotazo Raúl abre la puerta y queda inmóvil, desconcertado, pálido. Armando se balancea, Armando Ventolera se ha despedido para siempre ahorcándose de una de las vigas del techo.

Raúl no puede creerlo. Camilo observa que en el rostro del amigo, que pende de la cuerda, todavía se dibuja una rara sonrisa por la última broma que acaba de hacerles. En el horno, de escaso gas, el gato se va quemando poco a poco.

Bogotá, Colombia abril de 2006

la casa vacía



*Para Rolando y Niurka,
hermanos después de la niebla
y para su hijo Lemis Tarajano,
un sobrino que la vida me regaló
para contar esta historia*

El joven Lemis nunca imaginó que con esa novia iba a disfrutar dos orgasmos y padecer de esas inmensas ganas de morirse. Aquella tarde tenía que suicidarse.

Se le acababa la vida en cada espacio de su habitación llena de fotos de las bailarinas que había formado su abuela, alguna vez jóvenes y bellas. Ahora, eran unas ancianas decrepitas. Lemis las odiaba y ellas lo amenazaban con convertirlo en el bailarín que jamás habitó en él.

—Para ser bailarín hay que tener alma de maricón, abuela.

Repetía el joven Lemis y se iba de la casa buscando un refugio cálido y unas piernas de mujer que lo abrazaran. A esa mujer la conoció aquella tarde en Montecatini, una esquinera pizzería de El Vedado. Lo que no sabía Lemis era que muy pronto perdería a Yordanka para siempre.

Por eso las noches eran largas, los besos desesperados, aunque las olas de El Malecón lo salpicaran y se le confundieran la humedad del agua de mar con la mojadéz de la adolescencia precipitada. El Malecón es el primer espacio para hacer el amor que tiene Lemis, en medio de la destruida Habana.

Allí se sintió pleno, Yordanka le enseñó a amar, a venirse con las olas salpicándolo, Yordanka lo liberó del celibato adolescente y ahora sí, está absolutamente seguro, nunca será bailarín. Lemis quiere a Yordanka y aprendió a quererla para siempre. Ese fue su primer orgasmo. Le estaba faltando el segundo. El otro orgasmo que le habría de regalar Yordanka y del que su memoria no puede desprenderse.

—A mi casa puedes ir a visitarme, yo sé que tú eres un niño del Vedado, yo vivo en La Habana Vieja, donde conozco a los negros guapos, y “sábanas blancas colgadas en los balcones” pero aunque tú no me creas me han criado muy bien. —Le dijo Yordanka en un ataque de igualdad social que el sistema comunista les cree imponer a todos.

Lemis fue más digno:

—A tu casa voy porque me gustas, porque me quiero morir contigo, porque...

En el rostro de Yordanka había una tristeza infinita. Ella también se había enamorado de Lemis, un muchacho joven, bonito, al que su abuela le había impuesto estudiar ballet.

Lemis fue colgado en el camello a visitar a Yordanka, fue a La Habana Vieja. Llegó a su colonial casa de barrio, donde algún manisero de esta época, sin pregones, pero necesitado hasta del papel con el que se hace el mismísimo cucurucho del maní, te ofrece el producto, no pregonando porque no se puede. Es mejor ni comprar maní, ni nada, porque si compras un pedazo de pizza para aplacar el hambre, su cubierta de queso puede ser un recalentado condón, y no se sabe si usado.

Son tiempos difíciles en que se busca novia en la farmacia para conseguir alcohol de 90° grados, echarle agua y azúcar quemada en la sartén para poder disfrazarle de gozo un rato a las neuronas y hacerles creer que se bebe algún trago especial. Son momentos de locura, y como en estos tiempos de orates se necesita estar sobrio, aparece Lemis en La Habana Vieja, buscando su amor. El pobre es uno de los pocos sobrios de La Habana.

Ya Lemis toca la aldaba, le abren la puerta, y se sienta en la sala. Yordanka lo recibe. Sus padres lo miran raro, ya Lemis se está despidiendo. Ya Lemis llega a su casa. Y no pudo hacerle el amor a Yordanka. No fue esa su segunda y última vez, pero iba a ser. Algún día iba a ser.

El aprendiz de bailarín entró a la habitación de su apartamento en El Vedado. Miró las fotos de esas hembrotas que un día cualquiera a punta de frías croquetas, enseñó a bailar su abuela, se quiso masturbar. No pudo, Lemis sólo tenía ojos y semen para Yordanka. Por eso mañana volvería a visitarla. Ella le había prometido que la próxima vez no iba a ser en El Malecón, sino que sería en su cama. El quería cogerle la palabra y por qué no, también el culo y mejor en su cama.

Lemis volvió a La Habana Vieja, a casa de su novia, ella quería cumplir su promesa, pero ya no estaba la cama. Le había prometido una cena romántica pero no había mesa. La casa se iba esfumando en pedacitos. La casa era un leproso al que siempre le faltaban partes. Lemis pensó: la cosa está mala, esta familia está vendiéndolo todo. Esta gente está en crisis, los “tronaron”.

Lemis trató de hablar con Yordanka. Ella lo evadía, ya no había tiempo para él. Yordanka iba matando cada instante que podía oler a cariño, a amor, ella no quería seguir, pero Lemis sabía que le faltaba el segundo sexo, la segunda eyaculación prometida.

A la siguiente visita, a la casa le faltaba una pared interior completa. Eran tiempos que la gente en La Habana convertía las casas en loft, una moda “muy de afuera”. Yordanka miraba a Lemis. Quería disculparse, pero no sabía qué decir, le brindaba jugo de guayaba, él se lo tomaba, se le pasaba la calentura y se iba.

Ya no había paredes interiores, la casa era sólo una amarillenta fachada. A Lemis, la casa de Yordanka le recordaba el vacío escenario del absurdo ballet mariquita de su abuela.

Se despertó de nuevo La Habana sin horizontes, sin noticias. Para la televisión local todo anda bien, menos la vida, menos los sueños. Todo está bien, menos la esperanza que se ha marchado para siempre.

Yordanka le dijo que fuera a la casa de La Habana Vieja, que iban a hacer el amor de nuevo. En su cama. Lemis estuvo feliz toda la mañana, y hasta habló con un amigo para que le prestara una de sus revistas pornográficas. Lemis lo calculó todo. Yordanka también. Por eso esa tarde, su casa estaría vacía, para ella y para su amado Lemis.

Lemis llegó. Ella fue a recibirlo con una camisa blanca del hermano, de seda, bonita y que le cae sobre el cuerpo, sin brasier, sólo sus dos pezones rosados asomando debajo de la camisa prestada. Nunca supo cómo apareció. Pero ahí estaba la cama de Yordanka en medio de la desértica sala. Sin puertas, ni ventanas interiores, la casa vacía para siempre. Allí hicieron el amor, sin la camisa de seda de Yordanka, y sin las eternas botas de rockero que acompañaban a Lemis en su protesta de no ser un bailarín más del ejército de su abuela.

Ella sabía que era la última vez que le haría el amor a Lemis. El lo sospechaba, pero hasta ese momento en que estuvo parado sobre el balcón del edificio, no se había dado cuenta de que ésa había sido realmente su última vez. Ahora, ella desnuda, él también. Lo toma del brazo y lo lleva hasta el patio, hay un camión con un toldo, adentro, en la parte trasera del camión y escondida por una enorme lona, hay una balsa construida con todos los pedazos que le faltan a la casa vacía.

—Mañana nos vamos del país... ¿Vienes con nosotros?

A Lemis le retumban las palabras de Yordanka. Las sufre. Lemis se había alejado corriendo de la casa vacía. Ahora Lemis está llorando sobre el balcón del dieciocho piso del edificio Somellán en El Vedado. Yordanka se fue. Nadie sabe de su suerte. Lemis sigue como una estatua en el balcón y no sabe si saltar hacia el mar o quedarse parado para siempre en esa baranda del deseo.

Bogotá, junio de 2006

Nereida, la Santera



*A mi madrina Lourdes,
que terminó de guiarme
en el camino de la Santería
que inició en mi vida la eterna
Nereida Pim Pam y Tam.*

Nereida Pim Pam y Tam era una vieja Santera de La Habana Vieja. Vivía de bar en bar con una latica en la mano recibiendo cualquier trago con alcohol que los borrachos le brindaban. Ella en sus pocos momentos de lucidez me profetizó, a través de los orishas, muchas cosas y siempre me pasaban.

Con Nereida Pim Pam y Tam yo me sentía seguro en cada paso que daba, porque ella leía de manera impecable mi futuro.

“Patico florido, dime adiós donde vive madre de agua vivo yo, madre de agua yo vivo en lo hondo...”

Cantaba y bailaba la negra, en la esquina de O’relly y Aguacate con su falda raída por el tiempo, sus añejas sandalias, su boca risueña, con tufo de tabaco y ron, el pañuelo blanco en la cabeza y su baile contagioso.

La gente la rodeaba, la aplaudían, y la coreaban. Los negros descamisados, las jineteras que la miraban, sonreían, y seguían de largo, porque de no sobrevivir como prostitutas, el otro camino en la Isla es emborracharse para olvidarlo todo, o meterse a Santero para atender y cobrarle algunos dólares a los extranjeros. Nereida mezclaba los dos destinos. Nereida Pim Pam y Tam era una santera que se emborrachaba todo el tiempo.

–“Soy chiquitico y vivo en lo hondo...”

Seguía cantando Nereida.

Yo llegué al improvisado bembé, y ella dejó de danzar, se paró seria y solemne en medio del círculo, colocó sus brazos en jarra, sacó su pelvis adelante, parecía un borracho meando.

Me miró sonriendo con los cuatro dientes que sobrevivían en su boca, luego de darle una larga bocanada al pedazo de tabaco me dijo:

–Gaito... Menos mal que viniste... Vamos a bailarle a Shangó...

Dos negros y un mulato sacaron del solar sendos tambores y comenzaron a tocarle a Shangó, empezamos a bailar Nereida y yo, la gente no se explicaba como un blanquito bailaba tan bien a estos santos de la religión negra.

Ahí estaba yo bailándole al rey del rayo, al gran guerrero y orisha de la virilidad. Nereida frente a mí, hacía círculos con la falda, tenía como setenta años y la vitalidad de una chica de quince. Se terminó la jornada y salimos para su casa.

Ya sin zapatos. Sentado frente a ella en el cuarto rodeado por Eleguá, Yemayá, Osun, Oshún, Orula, Obbatalá, Oggún, Yeguá, Oyá, Shangó, Babbalú ayé, Osaín, y todos los demás Orishas del Panteón Yoruba, Nereida lanzó los caracoles que fueron cayendo en diferentes formas sobre la estera. Me miró de manera solemne, aspiró profundamente la última bocanada de humo que le quedaba al tabaco y casi quemándose los labios dijo:

–Ten cuidado, Gaito, que por andar detrás del culo de Cristina, puedes parar en el tanque.

–¿Qué estás hablando, Madrina?

–Yo no he dicho nada, habló Oshún y tú eres hijo de Shangó, Gaito, tú sabes que los hijos de Shangó siempre pasan por la cárcel...Y lo malo no es que caigas la primera vez, sino que si llegan a encerrarte una vez, nunca más vas a salir de la prisión. Tú tienes que cuidarte Gaito, deja a esa hembra que por muy lindas y grandes que tenga las tetas, no vale la pena quedar trancado toda la vida por una mujer como ésa...

Salí de la consulta convencido que me alejaría de Cristina para siempre. Pero el diablo es puerco y Cristina tenía las tetas más lindas de La Habana. No pasó mucho tiempo hasta que caí en tentación. Aquella noche Cristina llegó sin brasier, con esos senos enormes que me apuntaban, parecían indicarme todas sus ganas de sexo y no faltó mucho para que nos revolcáramos en mi colchón en el piso. Sin velas, sin vino, sin hoguera prendida, éramos dos animales sudorosos. Sus dos pezones grandes y rosados los acaricé hasta el cansancio como si fuera la última vez. Y sí, fue la última vez.

Nos estábamos recuperando del segundo orgasmo cuando tocaron fuerte a la puerta. Marcial, el sobrino de Nereida, estaba parado en el umbral de mi casa, llamaba a gritos a Cristina. Ahí lo entendí todo. Nereida estaba manipulando el oráculo de los caracoles para que su sobrino se quedara con Cristina. Todos querían estar con ella. Cristina era la hembra más hermosa del barrio, y sus tetas un sueño inalcanzable, un sueño que yo había hecho realidad en varias ocasiones.

En ese momento odié a Nereida, que me estaba engañando y yo confiaba ciegamente en ella y los Orishas, claro que los santos no tienen la culpa de toda la mierda que hacen los mortales.

-¿Tú estás con Marcial, verdad Cristina...? ¡Tú andas con ese tipo!

Mil veces me juró que no estaba con él, que ella era sólo mía, pero no le creí hasta que nos vestimos. Ya parados frente a Marcial, lo entendí todo.

-Te dije que no voy a salir con el francés ese, que no soy una puta... que ni me busques, ni me jodas más.- Reclamó Cristina.

-Déjate de cuentos conmigo, Cristina, que todo el mundo sabe que si tienes lo que tienes en tu casa fue porque se lo sacaste al marido yuma ese que jineteabas...

—Oye lo que te voy a decir pedazo de Maricón...

Alcancé a decir antes de caer al suelo por el golpe que me propinó Marcial. La boca se me llenó de sangre. Sentí con mi propia lengua como flotaban los dos dientes sueltos.

De bruces en el suelo yo veía a Cristina. La veía muy borrosa, discutía con Marcial, ya no escuché nada más. Se me antojó la imagen de la negra Nereida revolcada de la risa sobre su estera consagrada. También, desenfocados, iba viendo desfilar uno a uno a los vecinos del barrio burlándose de mí. Fue cuando me levanté del suelo y le di ese golpe tan fuerte a Marcial que cayó de espaldas, golpeándose en la nuca con un escalón. Sus ojos estaban muy abiertos y su cerebro y su corazón apagados para siempre.

Ya enterraron a Marcial, ya le habían hecho su ituto, la ceremonia que le hacen a los que mueren y tienen santo en la cabeza. Se lo hizo su propia madrina Nereida. Su tía desde que me condenaron no ha querido hablar conmigo, y Cristina dice que no habla con asesinos. Marcial yace en su tumba y yo acabo de ser enterrado en esta celda por ocho años.

Estoy libre de nuevo. Por las calles de La Habana Vieja ando con una mochila al hombro y no sé para donde ir. Cargo dos mudas de ropa y una carta que certifica que ya cumplí con la ley. Salí después de pasar cuatro desconcertantes años, me bajaron la condena por buena conducta.

Iba caminando por la calle Obispo, buscándole un rumbo a mi nueva libertad y vi a Nereida en El Huevino, ella extendió su vaso y le echaron un trago de vino con un huevo roto en su jarrito de aluminio que todavía cargaba. Quise entrar, pero ya no pude porque es con dólares.

Intenté hablar con Nereida Pim Pam y Tam. No me miró a la cara. Por no haberle hecho caso al oráculo de los caracoles, se cumplió la sentencia de Oshún, y me quedé sin Cristina y sin mi madrina para siempre.

Yo, ya no pertenecía al barrio. Los amigos se habían ido, y con ellos el recuerdo de este Gaito que estaba ahí parado, solo frente al bar lleno de gente. Lloré por no bailarle a Shangó de nuevo en la calle, delante de todos los descamisados de La Habana Vieja.

Me dediqué a buscar trabajo. Pasé por todas las fábricas, las construcciones, por cualquier empresa, pasé hambre y sueño. De nada me sirvió el estandarte de exconvicto y de las posibilidades que “somos iguales y que todos cometemos errores”.

Dormí en la Terminal de trenes y en jardines, escondido en solares, en paraderos de guaguas, en frías funerarias velando a un muerto desconocido. Medio dormí, medio comí, pedí limosna y no conseguí trabajo. No pude más, fui a la plaza de la revolución, me arrodillé frente a Martí y pedí con él, pedí trabajo, libertad. Salí corriendo por toda la plaza gritando como un loco.

Ahora estoy preso de nuevo. Al menos tengo techo y algo que le dicen comida, ya no por cuatro años como condenan a un asesino. Ahora son veinte largos años sin rebaja de pena, por cagarme en la madre de Fidel Castro.

Bogotá, octubre de 2006

las cartas de Belkis



*A mi padre que quería cumplir la misión
como motorista en Angola,
pero la razón y el llanto de mi madre
y sus tres hijos, pudo más
que la estúpida pasión de esos años.*

Robertico está parado junto a la playa. El puerto de Tarafa tiene un nuevo mar de hombres que se inscriben para pelear en Angola. Está meditando bien las cosas. Se decide y sale hacia la oficina de reclutamiento en el micro distrito.

–Yo me voy para Angola si el gobierno me cuida a Belkis, mi mujer.

–Por eso no te preocupes... Le respondió Félix Juan, el Secretario del Partido. –Su petición es muy justa, no como la de Luis Montes de Oca que dijo que se iba para Angola si le regalábamos un refrigerador, eso es chantajear a la revolución.

Por la cabeza de Robertico también pasó la imagen de su *frigidaire* viejo, oxidado, ya con un motor reparado unas doce veces, con la puerta amarrada con un alambre y hace años sin bombillo adentro y también sin comida, pero al menos el agua fría era una prioridad, o los duros fríos de la fruta que apareciera. Casi siempre era una limonada congelada.

Pero Robertico no habló de eso, sólo de su mujer, de Belkis, la directora de la librería municipal, la caderona Belkis, la piernona Belkis, la culona Belkis, la tetona que hacía unos meses había llegado al pueblo casada con Robertico y se convirtió en el “sex simbol” del pueblo de Nuevitas. La misión del partido era cuidarle los encantos a la esposa del próximo internacionalista que saldría a pelear a un país que ni recordaba en que parte del mapa estaba: *Angola*.

La despedida fue triste. Un compromiso de amor para siempre. Palabras respaldadas por miles de besos que sellaban un pacto de fidelidad y cariño. Robertico estaría dos años en Angola.

Esa misma tarde zarpó el barco con hombres de todas partes de la Isla que iban para ganar la batalla contra Savimbi. El MPLA, la FAPLA, la UNITA, Agostino Neto y Luanda, Cabinda y Kunene, empezaron a ser nombres comunes para los cubanos.

No se había perdido el barco por la ensenada de la Punta del Guincho y ya Félix Juan, estaba tocando a la puerta de Belkis. Ella le abrió llorando y lo abrazó, y como si fuera un santo le encomendó que nada le pasara a su marido. Félix Juan también la abrazó y soplándole las palabras al oído le dijo que todo estaría bien, que confiara en él y, por supuesto, en la revolución.

Después de la travesía y los vómitos de Roberto, que no soportaba tanto mareo de alta mar, por fin estaba en tierra firme. Ahora está vestido de camuflaje y metido en una honda trinchera que más bien parece una tumba en la que lo han sepultado antes de tiempo.

Belkis estaba fregando y aparecía Félix Juan con el detergente. Belkis no tenía qué cocinar, y la comida la mandaba Félix Juan por arte de magia. Ella soñaba con un vestido, y Félix Juan ya le enviaba la tela para cubrir el deseado cuerpo. Félix Juan le cumplía todos los sueños a la apetecida Belkis. Ella suponía que era parte del contrato que había firmado Robertico para irse a pelear.

Robertico seguía peleando en Angola. Allá le llegaban las cartas de Belkis, y de algunos amigos que poco a poco dejaron de escribirle, él le respondía a su amada y ambos confiaban en el rápido encuentro.

Pasaron dos largos años de lucha. La selva, las Katiuskas sembrando la nada desde la distancia con miles de proyectiles, el obligado paludismo, las batallas, los heridos y los muertos. Las acompañantes que llevaban desde Cuba para complacer a los altos oficiales, el enmascarado SIDA y las candongas, las piernas y los güevos inflados de los soldados por la precocidad imprescindible...

Ya Robertico está regresando en el barco. A su lado un loco gritaba “suéltenme...suéltenme que ese mono me va cagar la cara” y hacía como un niño con una ametralladora en la mano y disparaba balas sonando la lengua contra los dientes. Robertico a ratos le daba agua al hombre de Caibarien, que lloraba angustiado pensando que no podría abrazar a sus hijos, porque llegaría sin brazos.

En la memoria de Robertico estaban las imágenes de la epopeya, de cuando vio, antes de desmayarse, al médico cubano meterle la mano por el hueco de la cabeza al Angolano para sacarle la bala y salvarlo. De la vez que se iba a acostar con la enfermera que le curaba la herida de bala en el hombro y el peso del recuerdo de su Belkis, le impidió la erección... las ráfagas, el barco y los nuevos vómitos del regreso. Los recuerdos acompañaron su largo viaje de retorno a casa. Robertico imaginaba que, al menos, lo recibirían como un héroe.

Apenas atraca el buque al muelle, no ve a nadie, sólo dos Funcionarios del partido están para darles la bienvenida. Robertico pregunta por Félix Juan y uno de los hombres baja la cabeza, el otro lo llama aparte y le dice que hace ocho meses a Félix Juan lo mandaron para Angola y lo mataron hace quince días en el combate de Cuito Canavale.

Robertico ha llegado a su casa, toca a la puerta. Belkis le abre, no lo abraza, no le da el beso que él esperaba. Robertico, asombrado, le mira la barriga a la mujer.

–Lo siento, en dos años pasan muchas cosas y ya no quiero verte.

Lo mira con los ojos encharcados de lágrimas. Apenada le dice:

–Mi hijo crecerá sin su padre.

Belkis cierra con fuerza la puerta. Roberto ha quedado con su mochila desubicado en medio de la calle Agramonte. Suenan

Lilo Vilaplana

tambores de guerra, y Robertico ahora quiere su casa de campaña en Angola y, sobre todo, una ametralladora.

Miami, 28 de diciembre 2006

*Anibal
el de los ojos azules*



*A mi amigo, el escritor Lyn León,
que un día conocimos este cuento
mientras hacíamos la interminable cola
para comernos una horrible hamburguesa
frente a la heladería Coppelía.*

La turba de descontentos corre por la calle Belascoaín hacia la Avenida del Malecón. Los hombres y mujeres, escasos de todo, van ahora desenfrenados hacia el Paseo del Prado. Rompen vidrieras y gritan consignas contra el tirano.

Hasta los leones de bronce que adornan el Prado parecen gritar anclados en su silencio, por esa hambre incontrolable que se tiene a las cuatro de la tarde y no hay ni azúcar para mezclar con agua y aliviarla. Llegan los camiones repletos de paramilicianos, una nueva especie de paramilitares, uniformados con camisetas impresas con el rostro del Ché.

El negro Pancho, el líder, corre de un lado a otro, gritando consignas que se le antojan, las que se ha callado durante mucho tiempo y ahora se le desbocan garganta arriba. Los paramilicianos golpean a Pancho. Pero como la gente hace cosas estúpidas cuando está asustada, en vez de seguir con la sublevación, todos huyen. También el negro Pancho siente miedo y se esconde. Se acaba la manifestación.

Los manifestantes van cayendo uno a uno. Centro Habana se va calmando. Pancho, oculto bajo las viejas escaleras del case-rón, tiembla sin poder controlarse. Silencio. Unos pasos que se acercan. El Negro Pancho sabe que está perdido. No se atreve a mirar. Pasan unos segundos eternos. Una mano en su hombro, gira la cabeza y se tropieza con los ojos azules de Aníbal.

A una señal de Aníbal, El Negro sale del hueco de la escalera, camina junto a su salvador hasta el final del pasillo. Aníbal tan

asustado como Pancho, empuja a su protegido hacia dentro de su habitación, haciéndole señas de que haga silencio.

El cuarto donde vive Aníbal es de dos espacios. En uno, está la sala y el comedor, donde se funden en un estrecho abrazo el tosco televisor Krim 218 Ruso en blanco y negro, y el enorme refrigerador *Westinghouse* azul, que ya tiene más de cincuenta años. La mesa del comedor está cubierta de papeles y en el centro una vieja máquina de escribir *Underwood*.

En el otro espacio, tras una cortina plástica está el pequeño baño, una cama estilo Luís XV y en la esquina una estiba de ocho cajas. Pancho nunca llegaría a saber qué guardaba Aníbal en esas cajas. Un tubo metálico incrustado en las paredes que forman una de las esquinas de la alcoba, donde cuelgan al aire libre sus ropas tapadas por una sábana vieja; abajo, en un entrepaño hay dos pares de zapatos –los de andar, y los de salir– y unas chancletas de plástico. Encima se funde La Biblia con algunos libros del obsoleto marxismo y unos veinte bolsilibros del Oeste del no menos viejo Marcial Lafuente Estefanía.

Esa noche, Aníbal y Pancho se cuentan algunos secretos al calor de una media botella de walfarina, que de ron tenía poco, pero entretenía y ayudaba a alejarse de la realidad. Entre trago y trago, Pancho habla de sus miedos de que el gobierno lo devuelva a Manzanillo, de que no ha podido censar su tarjeta en La Habana, de que su hijo tenga que pasar el servicio militar obligatorio. Aníbal se anima y, por primera vez en mucho tiempo, decide mostrar la vieja bayoneta, que guarda celosamente debajo de la cama Luís XV.

–Fue mi arma en la Segunda Guerra Mundial.

–¿Por qué no la cuelgas en tu sala?

–No creo que sería buena idea divulgar que luché al lado de los gringos...

El Negro Pancho se queda mirando los ojos azules de Aníbal.

–Oye, viejo, tú sí pareces un gringo.

Se ríen, Aníbal sirve los dos últimos tragos de la walfarina. Chocan los vasitos y Pancho asegura que cuando Cuba cambie, le va a organizar un homenaje por esa bayoneta de la Segunda Guerra Mundial.

Al segundo día Pancho se despierta. Le duele la espalda, el piso del cuarto de Aníbal se disimula poco con la delgada colchoneta. Se levanta con trabajo y se acerca a la ventana, descubrir un poquito la raída cortina. Ve pasar un carro patrullero. Luego un camión cargado de reclutas armados. La policía ronda cerca, rastreando la posibilidad de una segunda manifestación. Siente un calor a su espalda y al volverse encuentra los azules ojos de Aníbal que le brindan con humildad una taza de café caliente.

–Me levanté temprano y saqué el café de la bodega. Me dieron cuatro onzas, ligado con chícharo, pero...por lo menos hoy tomamos café.

El negro Pancho, agradecido y apresurado, se quema los labios con el líquido, se lleva todo el aroma cuerpo adentro. Qué placer una buena taza de café, o mejor dicho la única taza de café que se tomaría en casa de Aníbal. El resto del día hablan de nuevo de la necesidad de un cambio en Cuba. Calientan un potaje de chícharos que sacan congelados del refrigerador, derriten la escarcha que los cubre y almuerzan los dos con las cucharas hasta raspar la cazuela.

Otra vez Pancho se despierta en casa de Aníbal. Está haciendo algún ejercicio en el cuarto, entre la cama Luís XV y la cortina plástica del baño, que alguna vez fue un costal que trajo arroz desde China. Ni siquiera se atreve a pasar al espacio del comedor, es la única condición impuesta por Aníbal, por si acaso llega alguien. Se abre la puerta que da al largo pasillo, el Negro se pone alerta. Llega el viejo de los ojos azules, que se había levantado más temprano que él, y trae el periódico en la mano.

—Compadre, tremenda cola pero lo conseguí. Si voy más tarde, ni periódico podemos leer. Ya lo miré completo y no han publicado noticias de lo que pasó. Sólo hay artículos que dicen: Que se cumplen todas las metas y la zafra va bien...

El negro Pancho levanta las cejas y da vueltas alrededor de la cama Luís XV. Es un tigre enjaulado. Aníbal también se siente en peligro.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—No sé, Aníbal, tendré que irme para mi casa, ya llevo dos días acá comiéndome tu comida, tomándome tu café. La gente del CDR se puede dar cuenta que me escondes. No quiero buscarte problemas.

—Chico, es que pienso en tu familia. Deben estar preocupados.

—Mi familia es de Manzanillo. Yo vine para La Habana hace como dos años y vivo en la barbacoa de un cuarto que le pago a Aída, una señora que se ha portado muy bien conmigo. Ella está con el sistema, pero qué le vamos a hacer.

Aníbal sonríe con desgano. El conoce a la señora, le sorprende que El Negro crea que Aída es de *el aparato*, el viejo sabe bien que la señora Aída compra de contrabando café, arroz y leche en polvo y que recibe los dolarcitos de la hija que, vive en Canadá, y además cae en el delito de arrendar la barbacoa.

Ya han pasado tres días de encierro y nada sabe Pancho de la situación en la calle. Aníbal hace furtivos comentarios de que se está acabando el arroz, que los frijoles este mes no han llegado a la bodega, que no volverán a dar café en quince días, y que el Viejo no tiene *fulas* para comprar en la *bolsa negra*. Pancho se preocupa y más cuando ve que Aníbal busca cada día la libreta de abastecimiento en una cajuela incrustada en una puerta sellada que divide su cuarto con la del vecino.

Aníbal hace la operación, coge la libreta, recoge todas las bolsitas plásticas viejas, lavadas y tendidas. Va a la bodega y trae una bolsita con 6 onzas de frijoles, cuatro libras de azúcar morena, medio jabón de baño, pero no llegó el arroz, ni la harina de maíz. Al mediodía, Pancho come arroz y se fríe uno de los seis huevos que le tocan a Aníbal para pasar el mes.

Amanece el nuevo día. Aníbal va hasta la cajuela. La abre y la libreta no está.

–Seguro que Mayito se levantó temprano a buscar su pan. Hay que esperar que llegue y ponga la libreta ahí.

–No entiendo.

–Sí, lo que pasa es que la cosa está dura, y todo empezó cuando *la perestroika*... ¿te acuerdas del chiste con Gorbachov “de que venía desde Rusia vestido de vaquero con un electricista y un plomero...”?

–Ah sí, –dice riendo el negro Pancho. –Que si Fidel no entraba en caja le cortaba el agua y la luz... ¿Y por qué era lo del vaquero que no me acuerdo?

–Era que venía vestido de vaquero. –Rectifica rápido Aníbal, –para domar al Caballo... y si no podía, le cortaba el agua y la luz....

Y se rieron.

–¿Pero qué tiene que ver la cajuela con *La Perestroika*?
–Replicó el negro Pancho.

–¡Que yo estaba sin un peso! Yo tenía tres habitaciones. Y me quedé con estas dos. Esa de ahí al lado, tuve que vendérsela a Mayito por cinco mil pesos para poder subsistir. Entonces como en este país uno no puede ni vender su propia casa, y mucho menos tener una tarjeta nueva, pues tenemos que compartir una libreta para los dos. La gente piensa que Mayito es un primo mío.

Escuchan un ruido en la cajuela y eso es señal de que ya Mayito colocó la libreta de abastecimiento en su sitio. Aníbal la recoge y sale. Al rato regresa con un pan que le cabe en la palma de la mano y comienza a partirlo en dos. Ambos quedarán con hambre.

Aníbal sabe que al otro día también se comerán un pan entre los dos, no hay solución. Por eso llaman al pan TOMA UNO, solamente venden uno por persona, y no hay posibilidad de conseguir ni uno más. Y mientras El Negro Pancho esté en su cuarto tendrán que compartir el único pan.

Aníbal piensa todas las maneras para hacer rendir el pan. Si pudieran hacer ayuno de un día para otro, entonces para el otro día podrían tener dos panes, uno para él y otro para El Negro. No... no... para eso, pasarían hambre por 24 horas. Quizá mejor tajar el pan y multiplicarlo para obtener cuatro pedazos o hasta seis. Y ahí sigue dándole vueltas al asunto mientras no pierde de vista a Pancho.

Pancho habla sin parar de todo lo que podrán hacer cuando Cuba cambie, Aníbal no lo oye. Sigue buscando solución al lío del pan. Pancho se acerca al montón de libros en las tablas que llegan al techo. Aníbal cree que El Negro tomará *La Biblia*. El viejo Aníbal sigue cada movimiento de su huésped y mentalmente desea que la decisión final sea *La Biblia*. Aníbal se equivoca, los dedos del Negro van directo hacia *Manos que matan*, de Marcial Lafuente Estefanía. Al fin, El Negro se calla y se tumba en la cama Luís XV a leer, sin quitarse las botas rusas.

El viejo de los ojos azules acaba de pensar la solución al problema del pan, a la falta de arroz, al huevo que queda en la vieja nevera y a la cafetera en peligro de llenarse de telarañas. Sale al patio y se acerca a la virgen del solar, no lo dice, lo piensa “*Coño, Cachita, Tú sabes que no lo hago por hijo de puta*”.

Las lágrimas humedecen el mar de ojos azules del viejo Aníbal, mientras se dirige a la estación de la policía más cercana.

La Habana, octubre de 1996

Gumara



*A mis amigos médicos cubanos de este exilio:
Guido, Almira, Dany y el imprescindible Modesto.
Ellos que han padecido mis neurosis
y regulado mi presión... arterial y de trabajo*

Llueve y Joaquín se queda sin planes para esa tarde. La Habana se vuelve fría y ausente. Así y todo la gente no se queda en casa.

Joaquín se muere por un helado, pero la cola en Coppelia está muy larga ini que lo regalaran! La opción es ir a casa de su amiga Silvia, pero ella vive en La Habana del Este y Joaquín no cree que le dé tiempo. El viaje, en verdad, es cuestión de veinte minutos, el lío es que pase la guagua, bien bien, uno puede echarse unas dos o tres horas esperando que llegue tanto para ir como para regresar.

Definitivamente no irá a casa de Silvia. Tiene hora límite para llegar a su casa, bueno a la casa de su tío Mario, que ha sido muy claro que si no llega antes de las once, se queda a dormir en la calle. Que no hay manera que su tío Mario entienda que empatarse una guagua es como cogerle la nalga a la luna.

Suerte que llega al fin la guagua, ya van tres horas en la parada, Joaquín ya no tiene opción, tiene que irse para casa de su tío en Marianao. Busca en sus bolsillos y saca unas monedas, exactas para el pasaje, menos mal que desistió de ir a casa de Silvia.

La guagua echa a andar. Joaquín va dormitando. Los baches en la calle no le molestan, la guagua se detiene bruscamente. Joaquín se despierta sobresaltado. Se calma un poco cuando ve a la muchacha solitaria que sube al ómnibus lleno de gente y se para justo al lado de su asiento.

Le da pena con la joven. La mira a hurtadillas. Es hermosa, Joaquín no sabe si es que va medio dormido, pero le parece una alucinación. Rasgos muy marcados, ojos negros, pelo demasiado lacio y oscuro, piel cobriza, labios húmedos, que despiertan en Joaquín unos deseos insoportables de besar.

Joaquín echa una mirada a la guagua. Está repleta. Muchos pasajeros van de pie. Pero nadie colgando por fuera como en las horas pico. Duda por unos segundos, si le ofrece su asiento, le tocará a él ir parado, pero ¡cómo...! Si no se lo da, cargará por toda la eternidad con ese sentimiento de culpa. Al fin, se decide y se para, rozando el cuerpo cobrizo, un ligero temblor le recorre todo el cuerpo, sin separarse le dice al oído:

–Te ves cansada... siéntate.

Como si la muchacha estuviera esperando la oferta, sin darle chance a Joaquín para que se separe, ella se mueve hacia el asiento y los dos cuerpos quedan pegados, pero ella se separa y se sienta. Al pasar por delante de él, y casi cuando va a sentarse, la muchacha le toma una mano y lo hala hacia ella.

–Ven, te doy la mitad del asiento... tú también te ves cansado.

Joaquín no sabe si la voz le suena a princesa. Si ahora este roce permanente de cuerpo y cuerpo le está alborotando las hormonas. Los labios de ella carnosos y apetecibles, que se mueven diciendo cosas, y que él no alcanza a escuchar. Lo cierto es que el hombre siente que si aún no ha entrado al paraíso, está cerca. El se acomoda con gusto en el espacio que la joven le abre en su asiento. Ella lo mira con sus ojos negros y le regala una sonrisa. Para Joaquín, el mundo se vuelve una burbuja de aire donde caben él y la joven de piel cobriza.

–No eres de La Habana ¿verdad?

–No –y lo dice con un gracioso gesto de labios, nariz y ojos.

–¿Adivino...? –y los dos se ríen sin importarles las miradas curiosas de los demás- ¡Ya sé... eres de Oriente!

–¿De la China? –y ahora sueltan una carcajada a la vez. La joven asume cierta seriedad.

–No. Soy nicaragüense. Soy doctora y estudio en tu país.

–¿Y no has pensado quedarte a vivir aquí?

–Depende.

–¿De qué?

–De las propuestas que me hagan –y lo dice más con sus ojos negros y rasgados que con su voz.

Ahora Joaquín no tiene dudas, no llegará antes de las once a casa de su tío Mario y en verdad no le importa dormir en la calle. Es más, lo está deseando ardientemente.

Con dos botellas de Flor de Caña que compran en el Potín de Calzada llegan a La playita de 16. Joaquín recita los versos del *Poema 20* de Neruda, ella los escucha con atención y dice a una voz con él “*puedo decir los versos más tristes esta noche...*”. No terminan el verso, se besan. La poesía queda flotando en el aire, se estrella contra el diente de perro, que no deja pasar el mar que los rodea.

Hacen el amor y se duermen. Quedan ahí, entre las rocas, la brea y el aceite quemado que destilan los buques y recalca en la costa. Felices, plenos.

En la orilla de la playa todo es silencio y soledad. Están en medio de una inmensa corona de diente de perro a diez metros de las olas que rompen contra las rocas. Llega el cansancio por la jornada de amor, el sueño y también llega el día. Joaquín se despierta con el sol y ella con la pregunta de Joaquín:

–¿Cómo te llamas?

–Amaranta Buendía ¿Y tú?...

–El conde de Montecristo... - Le dice Joaquín riéndose y ella lo mira serio...

–Joaquín, me llamo Joaquín Mejides.

Pero ella no rectifica su nombre y a Joaquín le parece que se llama Amaranta, la mira sonriente, la atrae hacia él, la besa y le susurra al oído.

–Amaranta preciosa... así es como deberías llamarte.

Al frente, el mar. A un costado, unos arbustos de uva caleta; al otro lado, el diente de perro. En el mar, unos veleros navegan placidamente. Unos jóvenes, a lo lejos, simulan estar de pesca flotando en inmensos neumáticos de camiones. Esos también se van a ir. Ella sigue mirando el paisaje. Al volver el rostro hacia atrás, descubre los altos edificios que custodiaban en silencio el romance de la noche anterior, pero ahora están con los balcones llenos de vecinos que, sonrientes, observan su desnudez. La pareja está vistiéndose porque escuchan la sirena de la policía que viene hacia el lugar. Ya los del comité avisaron del espectáculo y desde todos los balcones los que disfrutaban antes, ahora chillan y gritan improperios. Tienen que huir rápido del lugar.

Ya están lejos de los insultos de la gente y la persecución de la policía. Se ríen del incidente, de la locura. Luego el silencio. Ella lo invita a comerse algo en la cafetería del teatro Karl Marx. Joaquín la mira serio:

–¿De veras te llamas Amaranta Buendía?

–¿Qué crees? –Ella levanta los hombros como diciéndole “como quieras”.

Después de ese día se encontraron unas seis veces más. Iban al cine Yara a ver alguna película rusa, se comían un pollo en el

Pio Pio, o disfrutaban de una pizza en *La Piragua*. Una noche fueron a escuchar al ronco José Antonio Méndez cantando “*No-via Mía*” al Pico Blanco. Joaquín la recogía en cualquier lugar que ella le indicaba, paseaban, se besaban, alguna que otra vez hacían el amor en una destartalada posada y luego la llevaba feliz en la parrilla de su bicicleta hasta el albergue de los médicos extranjeros. Hablaban de sus países, de su futuro, y de la incontrolable felicidad que mágicamente los envolvía.

Pero aquella tarde, Amaranta no apareció. Joaquín fue en su bicicleta china hasta su albergue y ya no estaba. Preguntó por Amaranta y le dijeron que en este momento se estaba yendo para Managua en un vuelo de emergencia que confirmaron a última hora.

Joaquín sube a su bicicleta, pedalea duro hasta el aeropuerto. Luego de insistirle mucho a un amigo policía aeroportuario, lo deja pasar hasta los vidrios que separan, irremediamente, al que se queda del que se va. De lejos, ve cuando ella sube al avión por las escalerillas, sin despedirse, sin ni siquiera saber que Joaquín está tras esa gran pecera, sin poder gritarle todo lo hermoso que fue el encuentro y lo enamorado que está de ella, que volviera que él la estaría esperando siempre... Joaquín agita sus manos, pero es inútil. Cierran la puerta del avión y en pocos minutos despega para Nicaragua.

Pasaron tres meses. Ya Joaquín vive en un cuarto solo, sin una nueva mujer, ni siquiera tiene una foto de Amaranta. Aquella tarde se estaba tomando unas cervezas a granel que compraron en unos galones en *La tropical* con dos de sus amigos, Juan Carlos y el Flaco.

Joaquín cocina unos tostones de plátanos burros bien verdes dentro de una rancia manteca de cerdo. Tocan a la puerta.

–Abran ahí...que si no esta mierda se quema... –Grita Joaquín desde la cocina...

El flaco en par de zancadas llega a la puerta y la abre.

–Por favor, busco al señor Joaquín... Vengo de Nicaragua...

El Flaco no tiene que llamarlo, Joaquín con tres saltos llega a la puerta, está seguro que es Amaranta, y ya no le importa que se quemen los plátanos.

–Traigo un encargo para usted.

La joven, parada en la puerta con la piel cobriza y los ojos negros de Amaranta, lo mira. No es la sonrisa de Amaranta. No son los labios húmedos de sus recuerdos.

La joven le extiende un pequeño paquete envuelto en un papel de flores. Joaquín no encuentra respuestas en los ojos de la muchacha. No hay palabras. Sólo unas lágrimas que se asoman y que la nicaragüense intenta frenar. Ella le da la mano y dice bajito:

–Gumara Molina lo quiso mucho.

La mujer da la vuelta y se marcha por el oscuro pasillo. Joaquín rompe el papel de flores y se queda con un libro de portada descolorida “Cien años de Soledad”, lo abre y se tropieza con la dedicatoria “Para mi Conde de Montecristo, desde Nicaragua: La capitana Amaranta.”

Joaquín mira el libro. Cierra la puerta, llega a la cocina, y descargando toda su rabia, lo lanza por una pequeña ventana. El viento se encarga de deshojarlo antes de que llegue a la calle.

Bogotá, Colombia, enero de 2007

*el Carnicero
las locas, el huevo
y el cuadro*



ARISTIDE 67

*A los artistas anónimos que el dictador
deshojó en algún escondrijo de la isla.
A mi hija Camilita que soportó diez años
de ausencia de padre por culpa del tirano.*

Herminio, el carnicero, mientras le saca filo a un cuchillo –que nunca ha usado– asegura que ahora todo el mundo es bisexual, que antiguamente en Cuba, por pueblo, sólo había dos maricones. Herminio estaba equivocado. En su propio pueblo, en San Fernando, había muchos más.

Estaba *Mula Ciega*. Su terquedad y unas gafas fondo de botella le dieron todos los méritos para ganarse ese apodo y de paso perder la vida. Una mañana se lanzó del muelle de concreto al mar encrespado de la playa Santa Rita. Al otro día todos decían que *Mula Ciega* había muerto como Alfonsina “Vestida de mar”.

Otra loca importante es *Planeta, el cerrajero*. La gente le grita: –*Planeta* vamos a pescar... –Y él la emprende a piedras contra el que lo ofende. La culpa de todo es suya, por abrir la boca. Una noche, despechado y borracho, *Planeta* les contó en el medio de la glorieta del parque del Cañón que tres de sus primos le dijeron “*Planeta vamos a pescar...*” y él se fue con ellos. Estando en el bote, fondeado entre los *tres ballenatos*, en medio de la bahía le dijeron: –O nos dejas que te clavemos o te ahogamos.

–¿*Planeta* y tú qué hiciste?

–No me ves aquí...

Jesús Jiménez, La mulata de fuego, y el gigantesco *Manolo el cisne*, eran los artistas más populares de San Fernando. El primero ponía sus grandes bafles de música en las fiestas de fines de semana y se ligaba cualquier pepillo. El segundo se creía intelec-

tual y escribía poesía, cuento y novela, criaba conejos, los que le mostraba a los mozalbetes que visitaban su casona, inmensamente blanca, en la esquina de las calles Augusto Arango y Maceo.

–Mira este conejo...que bonito...

–Y se encorvaba hacia delante para mostrar en la jaula el conejo y al parecer, accidentalmente, inclinaba las gigantescas nalgas hacia atrás y se las pegaba en el sexo del varón que estaba sorprendido por el accidente provocado. Unos se quedaban ahí, y para siempre, visitando al cisne; otros nunca más volvían. A los que cautivaba los llevaba sistemáticamente para sus círculos literarios, y poco a poco empezaban a aparecer en los muchachones nuevas plumas y desaparecía poco a poco el verbo varón.

Cada año, *Jesús Jiménez* y *Manolo el Cisne*, al frente de sus comparsas, competían por el premio al mejor trabajo en los carnavales del pueblo.

Y por las calles de San Fernando también se paseaba *Joseíto el mago*, *El sabio maricón*, haciendo pequeños trucos de magia, y desapareciendo hacia el interior de su casa a los jovencitos con ansias de iniciar relaciones sexuales.

En el pueblo, todos los maricas eran destacados, pero el más ilustre de todas las locas de *San Fernando* era *Luisito, el pintor*.

Luisito, el pintor, se vestía siempre de blanco. Tenía ya varias exposiciones en el pueblo con mucho éxito, bueno, con el éxito que se podía tener en San Fernando, donde el público iba por los pastelitos del brindis, pero nunca compraba un cuadro. Se comentaba que Luisito había expuesto en la capital y que entonces sí había vendido varias obras, y que de ahí venía el billete para comprarse las camisas de hilo blanco.

En definitiva, si había vendido o no, lo cierto es que *Luisito, el Pintor*, tenía su dinero y pintaba en su casa sin parar. Compraba lienzos y pinturas en la bolsa negra. El lienzo se lo conseguía *Jesús Jiménez* y la pintura, *Manolo el Cisne*. Ellos se robaban el

lienzo y las pinturas de lo que les daban para las comparsas. La casa de *Luisito, el Pintor*, daba a la calle, sin mediar portal ni jardín, ni nada, así que desde la acera, si las ventanas estaban abiertas, se veían los grandes lienzos con gentes dibujadas de manera impecable, al estilo del hiperrealismo ruso.

Aquella tarde el huevo voló ventana adentro. En la calle la muchedumbre enardecida gritaba consignas contra *Luisito* el joven pintor.

- Sal, maricón... contrarrevolucionario...
- Pin pon fuera... abajo la gusanera...
- Vete por el Mariel...
- Escoria...
- Vete con los gusanos pa Miami...

Rítmicamente movían en lo alto carteles con letreros contra *Luisito el pintor*. En Cuba a los maricones les dicen pájaros, o pato. Por eso el ingenio popular se desbordaba en las pancartas. En unas se leía: "Soy una escoria voladora", Otras tenían dibujado un gusanito con alas. *Luisito* nunca salió. Temía que lo mataran... se asomó a la ventana y dos lágrimas con él.

Seguían volando insultos y huevos que se rompían contra la fachada de la casa de *Luisito*, dejando la marca de la estupidez para siempre en la pared rosada. Ninguno de los maricas del pueblo lanzó el primer huevo ni gritó el primer insulto. Herminio, mientras contempla la lluvia de huevos, afila con toda la paciencia del mundo el corte de su cuchillo de carnicero. *Joseíto el mago, El Sabio maricón*, temblando tras el mostrador, dice sus proféticas palabras, que el pueblo recordaría para siempre:

-Esos huevos que hoy están botando, los van a necesitar, y mucho, mañana cuando no haya que comer.

Y así fue. El pueblo se quedó sin güevos.

Y lo que pudiera ser un chiste, sino fuera por su carga dramática, era que *Luisito* ni siquiera hasta ese momento había pen-

sado en irse por el Mariel, ni tenía familiares en la Florida que vinieran en un yate a buscarlo. Su pecado era ser homosexual reconocido y pintor que rayaba en el intelectual. Quizás era la razón por la que había sido el elegido entre todas las locas del pueblo para el acto de repudio, como llamaban entonces desde la oficialidad a la tirada de huevos.

Como *Luisito* no se fue por el Mariel, ni dio señales de ningún intento de salida, era necesario un acto de desagravio. Por primera vez expondría en su pueblo. Por el Poder Popular, fue designada *Caridad Mierdita*, directora de la Casa municipal de Cultura, para que cumpliera la tarea.

Caridad fue a comunicarle a *Luisito* que en unos días la Casa de la Cultura estaría lista para recibir sus cuadros. Ella empezó a decidir cuales eran las obras, pero el pintor se opuso rotundamente a que el cuadro que estaba frente a la ventana, estuviera colgado en la Casa De la Cultura.

En la carnicería se rumoran todos los chismes del barrio, es el palacio del comentario. *Herminio* va soltando las últimas noticias, ésas que no salen ni por la radio, ni en el periódico del pueblo. Que *Luisito* expone de nuevo en San Fernando, que quién gana el carnaval, si la comparsa de *Jesús Jiménez*, *la mulata de fuego*, o la de *Manolo el Cisne*, eran los mejores bretes del mes. *Herminio* continua amolando en la piedra su cuchillo, entre chisme y chisme dice que no pierde la esperanza de que algún día lo pueda usar de nuevo, como lo hacía su papá y como lo había hecho su abuelo.

Para esta época de carnaval, las comparsas y los nombres del *Cisne* y de *la mulata de fuego* sólo han sido opacadas en algo por el chisme de *Luisito el pintor*. Todos aseguran que este año *Jesús* gana con la comparsa con el tema de “La esclava Isaura”, la que el pueblo farandulero respalda sin estar enterado que, en la noche crucial, por decisión mayor, Isaura no se llevaría el primer premio.

El carnicero *Herminio* va de manera alterna todas las tardes a los ensayos de ambas comparsas y sale borracho. Primero llega

donde *Jesús Jiménez* prepara a sus bailarines, le dice que este año él gana el concurso de comparsas y *Jesús* ríe satisfecho, y rápido saca de la cuota de ron que le dan a sus muchachos para ensayos, por lo menos dos botellas y se las regala al carnicero por el importante halago.

Al otro día *Herminio* va donde *Manolo el Cisne* y le dice que él es la voz del pueblo, que en su carnicería comentan que este año gana él. *El Cisne* orgulloso saca hasta tres botellas de ron de la reserva de sus muchachos y se las obsequia. *Herminio* es el gran beneficiado de esta época de carnavales. Pero esta vez no sólo hablan de la comparsa ganadora. El otro tema obligado es lo que ha pasado con *Luisito el pintor*.

Nadie supo en el pueblo por qué *Luisito, el Pintor* había dejado de comprar lienzo y pintura, a *Jesús Jiménez* y a *Manolo, el cisne*, ni por qué *Luisito* había dejado de pintar. Y nadie comprendió hasta que el primer día de desfile de carnaval, *Luisito* desde el balcón de su tía *Cachita*, lanzó, inesperadamente, una flor a una de las comparsas. La rosa cayó a los pies danzantes de *Reynaldo, la puerta*, que sin discreción alguna, recogió la flor, se hincó con las espinas, la besó y miró a su galán parado en el balcón.

Desde ese día a *Luisito* empezaron a llamarlo Isaura. El romance de *Luisito* y *Reynaldo* era el chisme del momento. Todos auguraban que *Manolo el Cisne* quedaría derrotado con su tema "Fantasía Cubana".

Luisito el pintor y *Reynaldo la puerta* eran una pareja exitosa y con fama en el pueblo. El uno galán de comparsa, el otro pintor asediado por las altas esferas de la cultura municipal. Se ordenó que le pidieran disculpas a *Luisito el pintor*, que nadie podría burlarse de él en el pueblo y la gente quedó extrañada con tantas recomendaciones del partido para proteger a un maricón. Y más raro aún resultaba a todos en el pueblo, que por orden del mismo partido, no se vendería cerveza la última y decisiva noche del carnaval, hasta después de inaugurada la exposición de *Luisito*.

El problema estaba por saberse.

A la noche final de la guerra entre comparsas y el estreno de la exposición, ni *Luisito* ni *Reynaldo la puerta* llegaron. En la casa de la cultura corrían de un lado a otro esperando al pintor, fueron a su casa, tocaron a la puerta y no salió. Por su parte *Jesús* aullaba porque faltaba *Reynaldo la puerta*, el galán que no aparecía por ningún lado. Lanzaba cosas al suelo, los tacones de las bailarinas contra la pared. Fue hasta su casa y nadie le contestó. Por la calle iba *Joseíto el mago, el sabio maricón*, *Jesús* lo vio y le preguntó por *Reynaldo*.

—¿Tu galán de comparsa? Ese debe estar con el pintor viendo atardeceres rojos... Recuerda que hoy es su exposición y seguro quiere acompañar a *Luisito*.

Jesús sale corriendo hacia la Casa de la Cultura, atraviesa el Parque del Cañón, ve unos treinta borrachos alrededor de una pareja que gime en el centro y llega a curiosear, pero rápido se aleja porque no le interesa el espectáculo. Cada uno le da un peso a *Pelao* y a *Juanita la borracha*, dos de los locos del pueblo para que forniquen de pie delante de todos. La pareja de orates gritan y se muerden y es denigrante. *Jesús* no quiere ver más y llega a la Casa de la Cultura se encuentra con la administradora *Caridad Mierdita*, ella le dice que la exposición está cancelada. Que más bien vaya hasta la policía, que a lo mejor hasta él tendrá problemas.

—¿Pero qué pasó? —Preguntó *Jesús*.

—Yo no puedo darte más información. No estoy autorizada para eso —Le responde *Caridad* y se aleja seria, enfundada en su ropa de miliciana.

Cada festividad o acontecimiento era aprovechado por *Caridad Mierdita* para vestirse de miliciana y encerrar a los que le gritaban chivata en el pueblo. Ella almacenaba ofensas de la gente y luego disfrazada de miliciana se las cobraba, ya fuera por orinar en la calle, o por hacer un chiste... ella los metía al calabozo.

Jesús Jiménez de regreso pasó por el lado de los únicos que estaban felices en el pueblo: los locos *Pelao* y *Juanita la borracha* que iban concluyendo el quinto orgasmo. Aullaban felices. *Jesús*, *La mulata de fuego* no los quiso ver, sólo se tropezó, y esta vez, muy fuerte con *Joseíto el mago*, *el sabio maricón*. *Jesús* no le pregunta nada. *Joseíto* está muy triste y le dice:

—Se me jodió el show... me robaron... me comieron las palomas y el conejo... sólo puedo hacer magias con cartas... ahora sí me voy a morir de hambre y de verdad...

Joseíto deja caer de su rancia chistera un poco de huesos mascados de su conejo y sus dos palomas. *Jesús* mira el paquete de huesos regados en el piso y piensa, que por muy mago que sea *Joseíto*, no podrá nunca rehacer los animalitos de su show de magia. “¡Lo siento...!” Dice *Jesús*, y sigue caminando calle abajo, que bastantes líos tiene con el problema de su comparsa. *Jesús* corre hacia la policía bajando las escaleras de la calle de la iglesia. La orden del capitán era determinante: desfile como sea, hay que entretener al pueblo, nadie puede darse cuenta de lo que está pasando.

Los guardafronteras sin disfrutar del carnaval estaban perdidos, todas las boyas que indicaban la salida por entre los cayos denominados *Los Tres Ballenatos* estaban apagadas. Había un barco de menos en el astillero.

Se armó el revuelo, la orden de salir las comparsas estaba dada, sólo *Herminio el carnicero* sabía lo que estaba pasando. Por eso se fue para su carnicería. El pueblo se aglomeraba en torno a la comparsa de *Jesús Jiménez* y ya la daban por ganadora. *Caridad Mierdita*, vestida de miliciana, corría hacia el jurado a punto de dar el aclamado veredicto que siempre se inclinaba hacia el favoritismo del pueblo. El presidente del jurado no lo podía creer, en el papelito que le pasaba la comprometida *Caridad* estaba escrita la orden. Tenía que ganar la comparsa de *Manolo el Cisne* y su “Fantasía Cubana”. Las piedras de *Planeta el cerrajero* no se hicieron esperar.

Luisito y su osado galán se habían marchado para siempre hacia Miami. Seguramente guiados por el alma de *Mula Ciega*, la diosa de las aguas de San Fernando, que como un torpe tritón cabalgó entre las olas indicándoles el camino.

La policía, aprovechando que estaban todos en la plaza del pueblo reunidos, protestando por el veredicto del jurado, forzaron la puerta de la casa de *Luisito el pintor*. Luchando contra el viento, tratando de tapanlo con una sábana grande *el capitán Machín* sale con el cuadro en alto, el mismo cuadro que *Luisito* no quiso que se llevara *Caridad Mierdita* a la exposición de la Casa de La Cultura, el cuadro que estaba frente por frente a la calle, y que uno de los huevos del acto de repudio fue a dar en pleno rostro del Che Guevara.

Herminio, desde la carnicería, como único testigo observa la maniobra. Al otro día, cuenta a todos que *Luisito* y *Reynaldo la Puerta* llegaron a Miami, que el cuadro del *Che* está encerrado en la estación de policía. Lo va narrando lentamente, mientras afila en la piedra de amolar el cuchillo, que ahora está seguro, nunca va a usar.

Bogotá, 8 de diciembre 2006

telenovela cubana



*A los tantos compañeros con los que he trabajado
haciendo televisión en todos estos años
en mi exilio en Colombia.
A Telecolombia que me abrió sus puertas.*

Ulises tuvo que meterse a diabético. Su madre se lo había dicho varias veces, el único de la familia que no contaba con una dieta por problemas de azúcar era él. Por eso fue a hacer la cola en el solar del Reverbero, y le compró una dosis de orina a la vieja Eloísa. Su tío Sergio con estas muestras de orina, más dulce que lo normal, le inventó su certificado. Ya Ulises está registrado como diabético y tiene derecho a engullirse una libra y media de carne al mes, que le anotan en la libreta de abastecimientos.

Gloria muerde despacio una enorme langosta en Marina Hemingway, mientras su padre en la otra mesa a varios metros de ella, se come un churrasco argentino y se bebe un litro de Whisky con otros dos generales. Ella está segura que en aquella mesa llena de estrellas están salvando la patria. Mientras mastica la cola de masas blancas. Gloria piensa en Ulises.

Gloria, hija del general Morciego, y Ulises, un joven curtido por el mar, hijo de Martín el pescador, muy a pesar de langostas, churrascos, y libreta, se aman. La acogedora Ceiba del Parque de la Fraternidad había sido su primer y único techo. Allí Gloria y Ulises se besaron por primera vez. Luego se sentaron en la banca sucia de hierro fundido y madera descolorida. Cuando se cogieron las manos creyeron que se habían unido para siempre.

En la noche se inventan una fogata cerca al busto de Hemingway en la bahía de Cojímar y sus cuerpos juguetean sudorosos y desnudos. Se juran amor eterno. Miran un rato las estrellas y Ulises rompe toda la magia de la noche, estallando en palabras la bomba de tiempo que tiene acumulada en el centro de su pecho.

–Ya no me aguanto más esto. Este país no va para ningún lado. Imagínate que para comer carne me tuvieron que inventar un certificado de diabético... ¡Yo diabético! Un día de éstos... cojo el bote del viejo y me piro pa' la pinga de toda esta mierda...

No fue necesario. Gloria se aprovechó de la última discusión con su padre. El general Morciego no miraba con buenos ojos a Ulises, decía que el futuro de su hija no podía ir a parar a manos de alguien que no tenía ni para pagar la langosta que tanto gustaba a Gloria. Y ahí mismo, cuando su padre hablaba de langostas impagables, Gloria lo convenció. Así todos quedarían conformes. El general asintió enseguida, tranquilo, pensando que respiraría sin preocupaciones su mar de la Marina. Resolvió la visa en un abrir y cerrar de ojos, consiguió el vuelo, le compró el pasaje y además le dio los cinco dólares que aún Ulises carga en su vieja billetera.

El general no puso ninguna condición, Gloria sí. Ella podría vivir, quizá, haciendo un esfuerzo sin comer langosta, pero no sin Ulises y su compañía. Ulises lo había prometido, Gloria se uniría a él en Miami aunque el general Morciego muriera de un ataque al corazón

Ulises, el hijo de *Martín el pescador*, por primera vez en su vida vio el mar desde arriba. Llegó a Miami en el avión. Al principio llamaba todos los días a Gloria y le juraba amor para siempre, como si estuviera sentado bajo la Ceiba del Parque de la Fraternidad, y se endeudaba con unos primos con las cuentas del teléfono, y lo que ganaba limpiando las piscinas no le alcanzaba para conversar tanto.

Gloria empezó a desesperarse. Al padre lo habían mandado para una misión al extranjero y al mes lo devolvieron sin el grado de general. Ya no puede ir a comer langostas a Marina Hemingway. Ahora está convencida que las estrellas de los generales no van a salvar la patria.

Ulises no tiene como llamarla y Gloria necesita, al menos, escucharlo. La muchacha pasa días enteros frente al teléfono y por la noche duerme con la mano sobre el auricular.

El Toyota azul y blanco con el cartel donde se lee Pool Cleaning, avanza por una avenida de Coral Gables, se parquea frente a la mansión de los sueños de Ulises, y como los sueños a veces se cumplen, Ulises limpió la última piscina de su corto trabajo. Verónica Arellano, una mexicana millonaria y divorciada, quería los servicios particulares de Ulises y la primera vez fue bañándose en la última piscina que él había limpiado. Ulises no volvió a atravesar Miami en el camión Pool Cleaning, se olvidó hasta de su obligada diabetes porque ahora comía toda la carne que quisiera y sin libreta de abastecimiento. En La Habana, el teléfono de Gloria no sonó más.

Esa tarde *Martín el Pescador* llega al muelle de Cojímar, descarga las langostas que no come y que seguro irán a parar a la barriga de cualquier general. Ata su bote, baja todo lo que debe dejar en tierra y se va a entregar a la administración de la pesquera sus langostas con cabeza y todo.

Gloria vigila a Martín, ella está con sus amigos bajo unas palmeras. Con sus mochilas y entre tragos fuertes esperan que sea de noche. Es luna menguante, hay poca luz en el muelle. Gloria Morciego y los demás casi a rastras van hacia el bote de Martín. Gloria piensa en lo que hubiera querido hacer Ulises y lo que tiene que hacer ella porque ahora su padre ya no tiene barritas de general, ha regresado en castigo y ya no mueve mares y montañas.

Protegidos por la escasa luz de la luna, en absoluto silencio, quizá más por miedo que por precaución, Gloria y sus amigos llegan hasta el bote. Se suben uno a uno, lo desatan, roban el bote de *Martín el pescador*.

Reman despacio. Se alejan de la costa. Dudan si encender el motor. Temen alertar a los guardacostas. En sus cabezas retumban las descargas que hace unos días estremecieron a Gloria y que le habían hecho tomar la decisión de no esperar la llamada de Ulises. No importaba entonces correr la misma suerte que ellos, los que días antes se habían querido fugar en la lanchita de Regla y en ese intento por llegar a Miami, se encontraron de frente con el paredón de fusilamiento.

Al perder de vista la costa, uno de los jóvenes acciona la cuerda para prender el motor y se escucha un lamentable sonido. El motor arranca, pero no avanza. El bote no tiene propela.

Ahora Gloria se da cuenta. Martín en la tarde, entre langostas había bajado la propela. Así el padre de Ulises se sentía seguro de que su bote nadie se lo llevaría. Los jóvenes pensaban en tantas propelas de bronce que los pescadores de Cojimar donaron cuando la muerte de Hemingway para la estatua del escritor al lado del mar. Al menos si tuvieran una de esas hélices de bronce, el bote echaría a andar rápido. En ese instante a los jóvenes no les interesaba que a la estatua le pudiera faltar una oreja, ni que a Hemingway lo confundieran con Van Gogh. La suerte hubiera sido tener una propela aunque fuera la oreja de Hemingway.

Tenían que remar si querían llegar a la Florida. Remaron. Estaban preocupados por los guardacostas, pero nunca aparecieron. Los que merodeaban el barco eran unos tiburones que se preparaban para la cena. Un rato más tarde se fueron, tal vez buscando una frágil balsa donde podían pedir a la carta.

Ahora surgía un nuevo miedo. Todos miraban para el cielo. En cualquier momento aparecerían las avionetas del gobierno y les podían lanzar sacos de arena para hundirlos.

El barquito parece de papel, la ola como una madre lo abraza, lo acuna en su regazo y luego lo lanza por los aires de manera desalmada. Se vienen los vómitos, se pierde algún remo, uno de ellos cae al mar, comienzan a buscarlo, gritan desesperados... "¡David!" ... "¡David!..." David no responde, dirigen la luz de la linterna al mar y una ola arrebatada la única lumbre, rezan en coro.

En ese instante Gloria descubre que el mar y sus lágrimas saben igual. Gloria trata de calmarse, pero el mar sigue colérico, alguien sugiere que se amarren al bote y Gloria, como buena hija de militar, es la única que cumple la orden.

Reman. Uno de los remos golpea con algo duro y no saben si es el cuerpo muerto de David o la aleta de algún tiburón. No hay luna. La tempestad no se calma.

Amanece. Gloria recobra el sentido en el hospital Jackson, del Down Town. La habían encontrado en la playa, ya con severos síntomas de deshidratación, quemada por el sol y el salitre. Sola. Atada al bote. Gloria Morciego estaba en arena norteamericana y tiene derecho a la residencia. En la casa de Ulises el teléfono empieza a timbrar.

Bogotá, 18 de diciembre del 2006

Aquí (Que vergüenza Félix B. Canet) Aquí, en este instante disparatado... Empezó esta nueva telenovela Cubana...

clandestinos



*Para mi hijo Camilo y mi esposa Irasema,
sin ellos no hubiera sido posible
sobrevivir en este ostracismo.*

Lo más difícil fue conseguir la pintura y ya estaba escondida en el garaje del Lele. Lázaro, el bodeguero, habló con Chicho, un amigo de él y nos la vendió barata. Ahora teníamos que definir la fecha de la acción y si en realidad nos íbamos a meter en la base de ómnibus de la Lisa.

La pintura estaba asegurada. Las brochas se las había robado *Valentín, El Sucio*, de la fábrica SUCHEL y me las regaló porque yo le había inventado que iba a pintar mi casa. La vieja camioneta se la prestó *Pepe, el Babalawo*, a Felito porque supuestamente iba a ir con su novia a una posada. La otra parte del plan consistía en meternos esa noche con pintura y todo en la base de Ómnibus.

Llegó la noche. En la vieja camioneta íbamos el Lele, Felito y yo. Los tres en silencio, apretados en la cabina. Yo, sentado en la ventanilla, miraba hacia fuera. El aire, mezclado con gotas del mar, me humedecía el rostro. A Felito, que iba manejando, el sudor se le descolgaba frente abajo. Y el Lele angustiado, en medio de nosotros, apretaba los labios y hablaba para sus adentros. Cada uno iba con su propia angustia y distintos miedos.

Nos parqueamos a un costado de la base de Guaguas de la Lisa. Controlar al vigilante sería lo difícil. Era un negro fornido, seguramente de Guantánamo. En ese momento en la radio se escuchaba la Guantanamera...

*Guantanamera, guajira guantanamera, guantanamera...
guajira guantanamera...*

El CVP estaba dentro de su caseta, medio dormido, acompañaba el ritmo, con la cabeza apoyada en su mano, balanceándose suavemente en la silla. El negrazo a esa hora no escuchaba ni su respiración. Ya había vendido unos litros de gasolina de contrabando. Por la puerta de atrás habíamos visto salir, a dos tipos cargando unos pesados bidones. Pudimos dar el golpe. Le pegamos en la cabeza al guantanamero. Cuando su pesado cuerpo cayó al suelo lo amarramos. Lo amordazamos. No fue tan complicado inmovilizar al vigilante.

Felito y Lele corrían a treparse en las Guaguas y yo entraba la camioneta. Les alcancé la pintura y las brochas y ellos empezaron a trabajar. Yo siempre le he tenido miedo a las alturas y por eso me quedé abajo alegando que tenía que “vigilar al vigilante”.

El negro empezó a despertarse. Le pegué de nuevo en la cabeza. Esta vez sí se la rompí y empezó a brotar sangre guantanamera. Ojalá no se muera.

Lele y Felito seguían de guagua en guagua trabajando en los techos. Yo le saqué las balas al tambor del revólver del guantanamero. Tenemos que irnos. Pronto va a amanecer. Corro hacia donde están mis amigos y casi tengo que cargarlos. Estaban rendidos del cansancio. Recogimos todo, nos llevamos otros galones de gasolina para dejarle lleno el tanque de la camioneta a *Pepe el babalawo*. El vigilante abrió los ojos. Lo encaré.

—*Sí, nos robamos gasolina y aceite... y nos llevamos el billete que te pagaron por el combustible que te robaste... Y si hablas, te echamos pa' lante y te van a dar una patada en el culo que vas a caer directico a Guantánamo...*

El guantanamero se tocó la cabeza. Sintió la sangre ya fría que se le empegostaba en la sien. Sabía que no podía usar el colt 45 sin municiones. Quedó tranquilo. En la radio volvían a anunciar La guantanamera... El guantanamero ahora no bailaba, parecía un zombi en el piso con los ojos muy abiertos.

Salimos a toda velocidad. Dos cuadras más tarde se bajó Felito y arrancó las placas falsas de la camioneta. Fuimos hasta el

basurero y dejamos las canecas vacías de pintura y las brochas. Allí quedaron, revueltas entre la poca basura que la gente bota en Cuba.

Yo me fui a dormir. Felito y el Lele también se dirigieron a sus casas. Subí las escaleras. Llegué al apartamento. Caí en la cama cansado, como recuperándome de la resaca de un largo día de alcohol. En mi cabeza había una idea fija: *Para ser héroe hay que tener alma de delincuente*. Por la ventana se filtraba la primera luz de la mañana. Cerré los ojos. Escuché unos gritos.

Salí corriendo al balcón. La gente todavía medio dormida gritaba desde los pisos más altos. En las calles, las guaguas parecían un mar de consignas que rodaban por la capital. Los letreros ahora estaban viajando, escritos en los techos de las guaguas rojas y articuladas. Los sueños de muchos se paseaban, sin pagar el comercial, por las calles de La Habana.

Desde todos los balcones la gente asomada, disfrutaba de nuestros graffitis pintados la noche anterior en la nave de Guaguas de la Lisa. La policía no sabía qué hacer con los ómnibus detenidos en medio de La Habana, y con los carteles de colores: *"¡Abajo la dictadura!, ¡abajo el tirano!, ¡abajo Fidel...!"*

Hay desorden general y sirenas de las patrullas, algún que otro disparo aislado. Unos pasos de botas de policías suben por la escalera. Llegan hasta mi cuarto. Golpean y tumban la puerta. El estruendo es muy fuerte todo se mueve a mi alrededor y me despierto.

La azafata ha caído al suelo con el desayuno de algunos en el medio del pasillo del avión. Una corriente fría ha movido furiosamente la nave. Todos los pasajeros se han levantado del asiento a pesar de la orden del piloto que mantengan la calma, que se sienten y que se aseguren los cinturones.

Me asusto confundido y sonrío. Creo que me largué a tiempo de mi país antes de cometer una locura. Pienso en Lele y en Felito, ojalá puedan vender la pintura y se busquen algún billete

Lilo Vilaplana

para sobrevivir a la barbarie. Hoy es 28 de enero de 1997 y ya estoy a punto de abrazar a Bogotá. Mis sueños de héroe quedaron enterrados en algún sitio de mi memoria para siempre.

Bogotá, 28 de enero de 2007.

Hoy, un año más del natalicio de José Martí, hace diez años que vivo en Bogotá. Colombia. Esperando, como muchos, el cambio para el bien de mi patria y sus hijos.
Por los siglos de los siglos.

Amen Shangó.

Epílogo

Los cubanos siempre tienen algo que contar y con sus historias maravillosas en increíbles terminan conquistando corazones. Todos alguna vez, hemos deseado conocer a un héroe de carne y hueso y todos en algún momento de la vida nos encontramos con ellos de frente, pero solo algunos pocos, logramos reconocerlos y reconocernos en ellos. Leer el libro de Lilo Vilaplana me llenó de orgullo y alegría porque es mi amigo y mi cómplice.

Lo admiro por la pasión que pone en su trabajo y en su vida dedicando su alma buena - pese a su aspecto de capitán Garfio - a dejar huella en un país al que también ayuda a construir con su trabajo y su talento. Esa pasión que pone en todas las cosas de su vida la encuentro en estos cuentos, cargados de vivencias y de esas nostalgias que no puedo apartar de mi mente cuando hablo con un cubano y me pregunto ¿qué pasa en Cuba?... Pues bien, estos cuentos hablan de lo que pasa en Cuba, de las pequeñas cosas, de las cosas mágicas de una tierra que llama a gritos a sus hijos pródigos pese a los hermanos extraños que han hecho lo posible por exiliarlos.

Una obra como esta es el testimonio de que los héroes sí existen, y para mí es un orgullo conocer a uno que se enfrentó al demonio de la incertidumbre, del abandono, de la tristeza, el miedo y todo lo terrible que se encuentra en el camino de un peregrino en tierras extrañas. Bienvenidos pues a disfrutar las his-

torias de un héroe de verdad... Y ya sabes Lilo, cuando abrazaste a Bogotá ese 28 de Enero de 1997, abrazaste a un país que sabe responder al cariño que le brindan. Ahora eres colombiano y como tu le dices a tus mejores amigos: No sólo mi amigo, también mi hermano.

Héctor Forero L.

Cubaneo (Glosario)

ACERA: Andén.

BABALAWO: Sacerdote de Ifá, que adivina según este método y tiene ahijados dentro de la religión afrocubana, equivalente al sacerdote en la religión católica. Ifá, complejo sistema adivinatorio regido por el Orisha Orula que da nacimiento a todo lo que rige el mundo

BALSA: Plataforma flotante utilizada para escapar “milagrosamente” de la dictadura de Castro. Construida con diversos elementos y recursos del posible balsero, de su imaginación y posibilidades, sean neumáticos, maderas viejas, tanques de 55 galones, restos de casas y hasta camiones y carros impermeabilizados y adaptados.

BARBACOA: Construcción rústica e ilegal de madera que hacen los cubanos, aprovechando los techos altos de las casas y con el objetivo de ampliar la vivienda para albergar a la nueva familia de los hijos y a los que llegan de otras ciudades, especialmente en La Habana para recibir a los que vienen de los pueblos orientales.

BEMBÉ: Fiesta para los orishas, que son alabados, saludados e implorados. Orishas, dioses del panteón Yoruba: Eleguá, Shangó,

Yemayá, Orula, Osun, Obbatalá, Oggún, yegua, Oyá, Babbalú Ayé, Osaín y otros.

BIDONES: En Cuba Canecas o galones para transportar combustibles.

BODEGA: Almacén. Tienda de víveres que se le asigna por zonas para que los cubanos compren y retiren los productos que le venden por la libreta de abastecimiento. Sólo pueden comprar en la bodega que le corresponda.

BOLSA NEGRA: Mercado subterráneo, ilegal, rebusque. Compra y venta de productos a sobre precio, generalmente de alimentos, materiales de construcción, elementos de aseo, bombillos y todo lo que sea necesario para subsistir. Los productos son robados a empresas del gobierno, pues es donde único hay en existencia. El cubano compra en la bolsa negra lo mismo un pescado, que una libra de carne, café, arroz, aceite, algodón, medicinas y tanto puede ser castigado el que vende como el que compra. Una de las modalidades de la bolsa negra es enviar de una ciudad a otra por correo la mercancía haciéndola pasar por ropa o libros y luego va el que la envía a cobrar a la otra ciudad. Las modalidades de la bolsa negra son tantas y tan variadas que daría para una enciclopedia especializada. También se le dice centrifuga, trapicheo, contrabando, bisne (Bussinees) y el cubano dice cuando va a buscar algo en la bolsa negra “voy a conseguir esto o lo otro”.

BOYAS: Cuerpo flotante sujeto al fondo del mar o del río que indican peligro.

BRETE: Chisme agrandado.

CACHITA: Se le dice popularmente a la virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba.

C.D.R.: Comité de Defensa de la Revolución. En cada cuadra en Cuba a los vecinos los organizan para que se vigilen entre sí y denuncien cualquier movimiento que pueda ser sospechoso del otro. Hay cargos voluntarios dentro de esta organización

demencial. Su fiesta es el 28 de septiembre, donde al calor de un ajiaco (Se le echa lo que encuentren y aporten de cada casa) todos se reúnen a festejar esa desgracia. Una carta del CDR lo mismo da empleo que puede enviar a la cárcel a cualquiera y hasta suspender el anhelado viaje al extranjero.

CALDEROS: *Ollas.*

CAMELLO: *Una especie de transporte que según se dice, fue invento de un colombiano. Es un híbrido: cabina de camión, cuerpo articulado que consta de dos partes, cada una tiene una joroba en la parte superior, de ahí el nombre. Reza en las puertas unos cartelitos: "Sólo caben 375 personas". Un viaje en camello puede durar todo cuanto se pueda imaginar, primero esperando que llegue a la parada, luego que llegue a su lugar de destino, bien puede parecerle a un pasajero que diez minutos son diez horas, pues va entre 374 personas amontonadas, aparte de las que van colgando por fuera, con olores de todo tipo y además si no puede llegar a la puerta a tiempo, se queda eternamente en el camello.*

CANDONGAS: *Sitios del contrabando en Angola.*

CARACOLES: *(Lanzar los caracoles) Es uno de los sistemas adivinatorios dentro de la santería cubana.*

CHICHAROS: *Arbejas, petit pouse.*

CHISTERA: *Sombrero de copa del mago.*

CHIVATO O CHIVATA: *Sapo, soplón, delator.*

COJIMAR: *Pueblo de pescadores al norte de La Habana, fuente de inspiración para Heminway de su obra "El viejo y el mar".*

CONSULTA: *Consulta espiritual.*

COOPELIA: *Famosa heladería ubicada en el Vedado, Ciudad de La Habana. Inaugurada en 1965 bajo el auspicio de Celia Sánchez*

y que al principio tenía 52 sabores pero que desde hace tiempo se quedó sin variedad de helados. Los cubanos hacen largas filas, hay espacios privilegiados para extranjeros.

CUCURUCHO DE MANÍ: El envase de papel que se prepara para vender el maní tostado salado o dulce. Se hace a partir de una hoja de papel, se envuelve en sí misma y se asegura en el extremo más estrecho. En la Cuba actual el papel es comprado de contrabando igual que el maní. Antes de la dictadura de Castro los pregoneros, los vendedores de maní y otras golosinas, salían a la calle y gritaban anunciando sus mercancías. Luego en la etapa castrista, fueron prohibidos los pregones, como se conoce el hecho de anunciar los productos y que se convirtió en un género musical como es la famosa canción “El Manísero”, una de las piezas del cancionero cubano más interpretada mundialmente.

C.V.P.: Cuerpo de Vigilancia y Protección. También como CVP se conocen a los vigilantes que integran esta organización. Celadores, serenos, custodios.

DIENTE DE PERRO: Arrecife, barrera de puntiagudas piedras que crecen en el litoral.

DUROFRIOS: Jugo congelado.

EL APARATO: Popularmente se le llama así a los agentes y soplones de la G-2 (Seguridad del Estado Cubano).

ESCORIA: Término despectivo que emplea la dictadura de Castro para marcar a quienes quieren salir de Cuba.

ESTERA: (Erí até) Es un orisha de la religión Yoruba. Sobre él se realizan las consultas y consagraciones de la religión afrocubana. Allí duerme el iniciado o Iyabó. No se puede pisar con zapatos. Sólo descalzo.

FIANA: En Cuba denominan así a la Policía. (También guarapito, la monada, combatientes).

FREGADERO: Lavadero, sitio en la cocina para lavar la loza.

FRIGIDAIRE: Refrigerador, nevera. En Cuba se le llama así, por el nombre comercial del producto.

FULA: Nombre que se le da en Cuba popularmente a los dólares.

GAITO: Como le dicen en Cuba a los Gallegos o a cualquier blanquito Cubano que parezca español en medio de la negritud de La Habana Vieja

GUAGUA: Ómnibus en Cuba para el transporte de pasajeros.

GUANTANAMERO: Natural de la provincia de Guantánamo. La más oriental de Cuba. De ahí una de las canciones más populares de Cuba “Guajira Guantanamera”.

GUSANO: Nomenclatura que usa Fidel Castro y todo el “pueblo revolucionario”, para menospreciar a los amantes de la libertad y que quieren abandonar la Isla y sus mezquindades.

HUEVINO: Bar en la calle Obispo en el que vendían huevos enteros y crudos dentro de un vaso con vino.

JINETERA: Puta que el Gobierno de Castro pretende hacer pasar por intelectual del sexo. Mujer que domestica al “caballo”, léase extranjero. Producto genuino de esta etapa.

KATIUSKA: Armamento exterminador de la extinta Unión Soviética, que lanza miles de misiles.

LA LISA: Municipio de Ciudad de La Habana.

LIBRETA DE ABASTECIMIENTO: Documento que autoriza la compra de productos en una bodega determinada del barrio, que desde el inicio de la dictadura de Castro se le entrega a cada núcleo familiar y en el que se anotan las cuotas asignadas de alimentos, materiales de aseo, el pan, la carne, el pescado, los huevos, las viandas, las frutas y la leche, siempre y cuando le

tocara al núcleo o a algún miembro de la familia. Puede tener un anexo para las dietas y otras asignaciones.

ME PIRO: Me voy, me largo, me marchó... también se dice Voy echando. Forma de expresión popular y muy común en la época de la dictadura de Castro.

ORÁCULO: Lectura y sentencia del caracol.

ORIENTE: Parte oriental de Cuba que comprende las provincias de Guantánamo, Santiago de Cuba, Granma, Holguín y Las Tunas.

PARQUE DE LA FRATERNIDAD: Ubicado al lado del Capitolio Nacional. Ahí está la Ceiba sembrada en un poco de tierra de cada país de América por eso su nombre: Parque de la fraternidad americana.

PEPILLO: Joven presumido y a la moda. Snob. En Bogotá le dicen Gomelo.

PINGA: Órgano sexual masculino. Se usa de diferentes maneras. Depende de la entonación del hablante. Expresión exclamativa de significados diversos, lo mismo puede decir algo a favor o en contra, o simplemente ser una descarga emocional.

PROPELA: Hélice del barco.

POSADA: En Cuba Motel donde la pareja paga para estar unas horas en intimidad.

POTAJE: Sopa de frijoles.

PLATANO BURRO: Plátano verde, pero más chico. Colisero en Colombia.

PUERCO ASAO: Cerdo asado. Se adoba un pedazo del marraño, y luego se pone al horno. También se cocina en Púas, es un estilo muy cubano, en el que se atraviesa el cerdo entero, ya limpio y se adoba desde el día anterior y sostenido sobre sendas

horquetas se le da vueltas durante ocho horas aproximadamente. En Miami se estila hacerlo en La caja china.

REVERBERO: Flama, cocinilla, infiernillo.

SANTERO: Religioso. Babalocha, o iyalocha. Iniciado dentro de la religión Afrocubana Yoruba.

SECRETARIO DEL PARTIDO: Dirigente del núcleo del Partido Comunista de Cuba – PCC- Una especie de HP que en realidad es el que asume el poder a cualquier nivel en el que esté. Es quien decide quien va al trabajo productivo, quien se “gana” el ventilador o va a viajar al extranjero. También su opinión vale para mandar tras las rejas a cualquiera.

SHANGÓ: Deidad del panteón yoruba. Dios del rayo. Guerrero. Equivalente en la religión católica a Santa Bárbara.

SAVIMBI: - Jonás Savimbi. Luchador angolano. Opositor a Agostino Neto. Las organizaciones en pugnas eran la MPLA, FAPLA y la UNITA, además se habla de Cabinda y Kunene (Ciudades de Angola) Cuito Canavale (Importante batalla de los cubanos en Angola). Luanda (Capital de Angola).

SOLAR: Cuartería, inquilinato, ciudadela. En La Habana, solar, porque habían sido casas solariegas, de familias adineradas durante la Colonia. Generalmente, tienen un patio interior y los cuartos alrededor. Podían tener dos pisos y hasta cinco, como fue el famoso “Quinto Patio”. Algunos tienen baños, cocinas y lavaderos comunes. En varios de estos solares nació la rumba, el guaguancó y se hicieron otros aportes importantes a la cultura cubana.

SUCHEL: Fábrica de Jabones y perfumería cubana creada en los años de la dictadura de Castro.

TANQUE: La cárcel, la prisión, el encierro.

TOLDO: Lona, carpa, cubierta de la parte trasera de un camión.

TOMA UNO: Espacio de la televisión cubana dedicado al cine.

TOSTONES: Patacones. Plátanos a puñetazos.

TRESPATINES (Y la tremenda corte. Otros personajes eran: Nananina, el juez, mamita, etc.) Personaje popular cubano de la radio –luego en la televisión– Que tuvo que partir de Cuba por sentirse incapacitado a hacer mofa de nada. Escucharlo en Cuba es ilegal.

TRONARON: Se dice de la persona que habiendo estado en un cargo del gobierno, es separado bruscamente, sin aviso y pierde en ese momento los privilegios que había gozado en su cargo, como carro con gasolina disponible, acceso a determinados sitios y viajes al extranjero.

VEDADO: Barrio de Ciudad de La Habana.

WALFARINA: Trago casero que inventan los cubanos, también se les llama hueso de tigre, bájate el blumers, salta para atrás, chispa de tren.

YUMA: Una de las maneras que se le llama a los norteamericanos o a los extranjeros en Cuba. También - Me voy para la yuma... "Me voy para EE. UU.".

ZAFRA: Proceso de producción de la caña de azúcar, desde la siembra hasta la molida. Históricamente, principal fuente económica del país. Ahora es el turismo. Están reducidos desde hace algún tiempo al 50 % y los cerrados están dedicados al turismo.

Fin.

Índice

Dedicatoria	3
Prólogo	5
Cuento 1. La muerte del Gato	11
Cuento 2. La casa vacía	21
Cuento 3. Nereida la Santera	27
Cuento 4. Las cartas de Belkis	35
Cuento 5. Aníbal, el de los ojos azules	41
Cuento 6. Gumara	49
Cuento 7. Un carnicero, las locas, el huevo y el cuadro	57
Cuento 8. Telenovela cubana	67
Cuento 9. Clandestinos	75
Epílogo	81
Cubaneo (Glosario)	83

